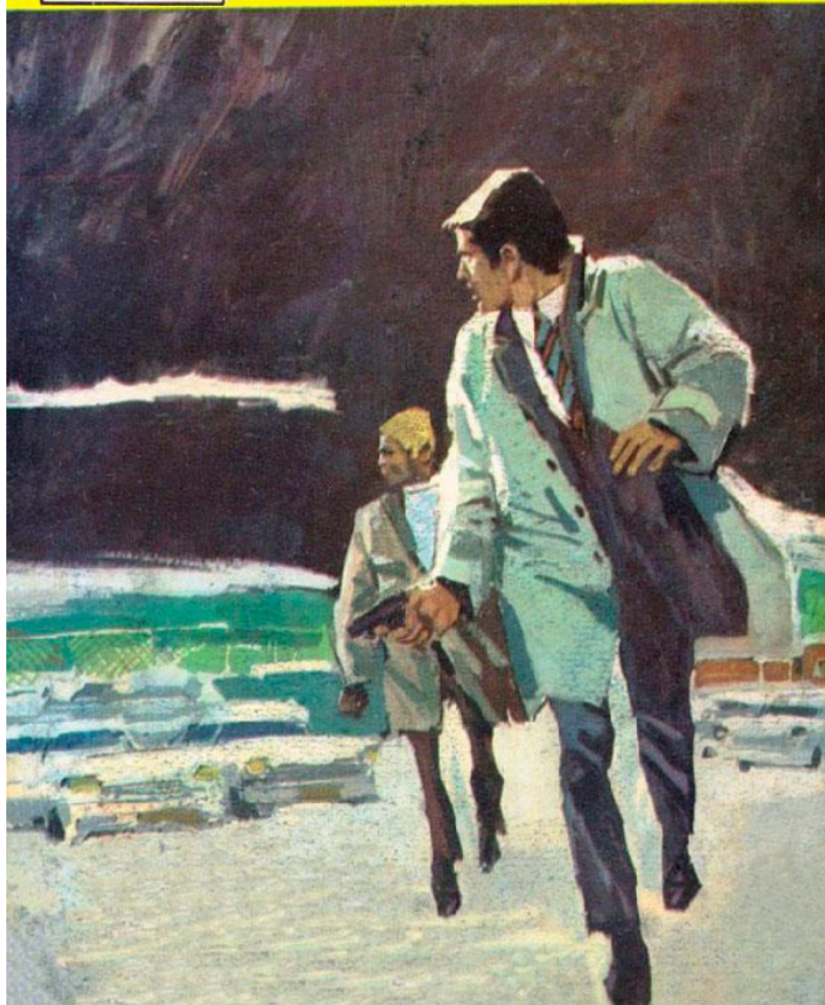




algo para las ratas

Frank McFair



COLECCION

PUNTO ROJO



FRANK MCFAIR

ALGO PARA LAS RATAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 367
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Déposito legal: B 11.323 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: mayo, 1969

© FRANK McFAIR - 1969
sobre la parte literaria

© DESILO - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.076. — Con un demonio dentro.

En Colección PUNTO ROJO:

344. — Cadáver, si así lo quieres.

En Colección SERVICIO SECRETO:

961. — Tras las propias huellas.

En Colección BRAVO OESTE:

391. — Matapecados.

En Colección KANSAS:

538. — El gran cerco de odio.

En Colección CALIFORNIA:

596. — Un «Colt» del 45.

En Colección ASES DEL OESTE:

469. — El domador de caballos.

En Colección BUFALO:

767. — Cabalga más despacio, muerte.

En Colección COLORADO:

567. — En busca de Billy Carver.

CAPÍTULO PRIMERO

—Mire, nena —dijo el teniente Riley—, vamos a ver si no nos amontonamos. Dice usted que ese hombre le ha dicho que o le entrega usted mil dólares o se va a ver en dificultades, ¿no es así?

—Creí que estaban ustedes tomando nota de lo que yo decía —respondió la muchacha.

Tenía el gesto adusto, y apenas se había pintado, pero ello no bastaba para ocultar la perfección de las líneas de su rostro y de su cuerpo. El teniente Riley, que tenía cierta fama, en el cuerpo de policía, de conocedor de mujeres, lo había observado ya:

—Bueno, es lo que le digo, nena, ¿no? Que no nos amontonemos.

—Sólo uno de los dos se amontona. Usted.

—Bueno, bueno, vamos a ver si aclaramos un poco el asunto. ¿Cuáles son las dificultades en que se puede usted ver metida, si no le da a ese tipo los mil dólares?

—Según él, no podría trabajar en ninguna parte de esta ciudad, si no lo hago así.

—Bueno, pues aún no nos ha dicho cómo se va a arreglar para impedirle trabajar... honradamente.

Había apoyado con el tono la última palabra. La chica le miró, furiosa:

—Lo sabe usted perfectamente. Y sus hombres lo saben también. Yo canto y bailo en el Pelicano.

—No veo nada malo en ello... aun.

Siempre aquel tonillo protector. Ella se sintió enrojecer:

—Y sabe también, o al menos debería saberlo, que si comienzan a influir en los gerentes de las salas de fiestas, una chica se ve en dificultades para conseguir trabajo. Se apoyan unos a otros.

—Todo eso es nuevo para mí.

Y guiñó el ojo al sargento que escribía en la máquina de

estenografiar.

La joven respiró pesadamente:

—¿No lo sabía, de veras?

—Pues..., no. No sabía que hicieran eso.

—Lo hacen. Y además...

El teniente Riley apartó su silla hasta que ésta tocó la pared. Se puso en pie. Era un hombre grande y fuerte, de gruesa panza, producto de abundantes comidas y de diez o doce cervezas diarias.

—Bueno, bueno, ya verá cómo vamos a desenmarañar el asunto en un momento. Ese hombre ha dicho que se llama...

—No lo dijo —respondió ella, furiosa—. Nunca lo dicen. Llegan, se echan el sombrero para atrás, y comienzan a hablarle a una como si fueran un hermano mayor.

—¿Eso hacen?

—¡Lo sabe muy bien!

—No se sulfure, nena.

—¡Y deje ya de llamarme nena! Es precisamente lo mismo que hizo ese cerdo.

—Calma, mucha calma. No perdamos la calma, eso es lo importante, ¿no es cierto, Cooligan?

El sargento, un hombre joven, y cuyas ropas estaban bien cortadas, no respondió. Parecía estudiar cuidadosamente lo que había escrito con la máquina.

—Pues bien, quedamos en que llego a su casa, y le pidió mil dólares por dejarla trabajar en las salas de la ciudad.

—Mil dólares, pagaderos en el acto o treinta dólares semanales, por espacio de un año. Sí, eso fue lo que me dijo. Con contrato..., renovable a voluntad de ambas partes, es decir a voluntad de su parte —terminó amargamente.

—Un sinvergüenza, al parecer, ¿no?

—No lo sé. ¿A usted no se lo parece, teniente?

—Le pregunto a usted. Bien. Y de lo contrario...

—De lo contrario, ellos se cuidarían de no dejarme trabajar en ninguna de las salas de fiestas de la ciudad y del Estado.

—Caramba, caramba. ¿Apuntó todo eso, Cooligan?

—Sí, señor.

—Bien, pues ahora... Cooligan, ¿quiere traer esos papeles que le pedí antes?

El sargento se puso en pie, y salió de la oficina. La joven entornó los ojos. Un ligero escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—Calma, calma —dijo el teniente, apoyando el gordo trasero en la mesa de despacho, sucia de cenizas de cigarro.

Sacó una cigarrera del bolsillo, y de ella, un grueso cilindro. Lo encendió cuidadosamente:

—¿Cómo era el hombre?

—Alto y delgado. Llevaba un sombrero gris con una cinta violeta, y tenía los ojos amarillentos. ¿Lo conoce?

—Hay mucha gente así por acá.

—¿Tantos?

—No se lo imagina, nena, aunque trabajando donde lo hace usted..., debería conocer a algunos.

—¡Era la primera vez que lo veía en mi vida!

—Tranquila, tranquila. Ahora vamos a arreglar todo eso, en un momento.

El sargento volvía. Dejó un *dossier* encima de la mesa.

El teniente lo cogió y lo abrió. De él sacó un par de papeles:

—Veamos lo que nos ha traído Papá Noel. A ver...

Hizo «hum» varias veces, y luego carraspeó, como para aclararse la voz:

—Pamela Clooney, ¿no es así?

La muchacha lo miraba con ojos muy abiertos. Una de sus manos buscó el apoyo del respaldo de la silla.

—Sí. Ya se lo dije.

—Muy bien, Pamela. Aquí dice..., ¡oh, estos perversos informes de la policía! Aquí dice que usted estuvo en la cárcel, por ejercer *strep-tease*..., ¿qué diablos será eso? No acierto a comprender..., por ejercer esa cosa tan rara, en un local nocturno de Pasadena.

Ya había llegado aquello. Pamela tragó saliva:

—Siga leyendo, entonces. Ahí tiene que decir que se comprobó que la acusación era falsa. Allí bailaba, pero jamás hice *strep-tease*. Vamos, léalo.

—Dice que fue usted a la cárcel, eso dice.

—¡No a la cárcel! Estuve detenida veinticuatro horas, y salí libre de la acusación.

—¿De veras? Debieron olvidar consignarlo en el informe. Bien, Pamela.

La miró atentamente. Sus ojos, con bolsas debajo, la recorrieron desde los tacones hasta el pelo. Fue una mirada deliberadamente insultante:

—Bien, Pamela. Creo que con esto basta.

—Tengo derecho —dijo ella trabajosamente— a que me llamen *miss* Clooney.

—Bueno, bueno, como quiera, *Miss* Clooney, Pamela, Fulanita, lo que quiera. Le voy a decir una cosa. —Hizo una pausa. Una pausa deliberada—. Le voy a decir que por acá no nos gustan esas cosas. Están prohibidas por la Ley, y además, no nos gustan, ¿comprende?

—Le he dicho...

Comprendió que era inútil. El hombre estaba predispuesto para no creerla. Simplemente, no le daba la gana de creerla.

—Me ha dicho, me ha dicho... Bueno, ¿y qué? Yo le digo que no nos gustan esas cosas, y yo soy la Ley. Sé lo que digo, ¿no, Cooligan?

—Sí, señor.

El sargento había respondido sin mirarlo.

—Pues bien... Cooligan, ¿quiere decir que me traigan una cerveza?

El sargento dejó la máquina con cierta violencia, y se dirigió a la puerta. El teniente miró de nuevo a Pamela:

—Pero..., esto podemos discutirlo usted y yo ante un par de solomillos, en un lugar tranquilo. ¿Eh, nena? Yo puedo hacer que ese tipo deje de molestarla, pero algo he de ganar por mi trabajo, ¿no?

Pamela era impulsiva, y ello le había causado bastantes disgustos en su vida, no muy larga, por cierto, ya que sólo tenía veinticinco años:

—¡Cerdo! ¿Es que para que la proteja a una la policía hay que pagar derecho de peaje?

Los ojos del teniente Riley se entornaron:

—¿Así que lo tomas de esa forma?

—¿Cómo diablos quiere que lo tome?

—Pues bien, pequeña vagabunda...

La puerta se abrió y el sargento Cooligan asomó la cabeza. Riley lo miró, irritado:

—¿Qué pasa?

—La cerveza va a llegar.

La muchacha lo miró, y el sargento le devolvió la mirada. Riley se colocó detrás de la mesa:

—Bien, ya hemos tomado nota de su denuncia. Ya veremos lo que se puede hacer, pero, por el momento... —la amenazó con un dedo gordo—. Mucho cuidado con esas porquerías del *strep-tease*, ¿eh? No le vamos a quitar el ojo de encima, y como la pesquemos con menos ropa de la que mandan las leyes, aunque diga que está cantando o bailando, usted lo va a sentir.

Y cogió los papeles de encima de la mesa. La muchacha recogió su bolso y se dirigió hacia la puerta.

Con los labios apretados, cruzó el pasillo, por el que se movían agentes de uniforme y de paisano, y llegó a la sala de recepción. Cuando iba a atravesar la valla de madera que separaba a los agentes del público, una mano se posó en su brazo:

—Miss Clooney...

Pam se volvió. El sargento Cooligan estaba ante ella:

—Venga conmigo. Hay un café al otro lado de la calle.

—¿Qué quiere?

El hablaba en voz baja:

—Tomar un café. Es mi hora. Y quiero que me acompañe.

La joven no discutió. Cruzaron la calle, y entraron en el café. Un largo mostrador y cabinas al lado derecho. Cooligan se sentó en una de ellas.

—Aquí podremos hablar —dijo.

—Me parece —replicó ella secamente—, que quedan pocas cosas de qué hablar, después de lo que me ha dicho ese cerdo de ahí dentro.

Cooligan la cogió del brazo:

—Siéntese. Si Riley se entera de esto, es capaz de proponerme para una degradación. Puede hacerlo. Por favor, siéntese.

Ella se sentó.

—¿Qué hay que hacer para que la protejan a una? —preguntó amargamente—. ¿También me va a proponer usted una cena a solas en un sitio que conoce?

—No.

El sargento la miraba. Ni su misma madre hubiera podido

llamarle guapo, pero había algo en él que inspiraba confianza. A Pam le recordó una rana.

—Escuche —dijo el sargento—. La policía no va a hacer nada contra ese tipo.

—¿Por qué?

—Simplemente, porque ese tipo pertenece al Sindicato.

—¿Es que ustedes..., lo conocen?

—Lo conocemos, sí. Se trata de Flick Barrows.

—Y..., ¿por qué rayos no lo detienen, si saben quién es y a lo que se dedica? ¿Es que acaso la policía...?

—La policía, aquí, no es mejor ni peor que en otras partes, pero hay veces en que no puede hacer nada. Y ésta es una de ellas. Hay muchos en el Cuerpo que desearían ver cambiar las cosas, mejorarlas un poco, pero mientras Riley siga al frente de ella, nada va a cambiar. No le interesa, simplemente. Y tenga en cuenta que me estoy jugando el puesto, al decirle esto.

—No... lo repetiré a nadie, si eso es lo que desea.

El asintió con la cabeza:

—Por ahora, eso es lo que me interesa a mí y a todos a los que nos gustaría ver un poco limpia la ciudad. Comprenda, no podemos movernos libremente. Pero puedo decirle una cosa. —Hizo una pausa—. Hay un hombre que tal vez podría ayudarla.

—¿Quién?

—Un hombre llamado... Cooligan.

—¿Usted?

—No. Mi hermano. Tiene una licencia de detective privado. La tenía ya antes de que llegase Riley al cargo de jefe de policía. El sí podría ayudarla.

—Pero..., un detective privado...

—Lo puede hacer, si usted se lo pide y si se lo pido yo.

Ella lo miró con rápida sospecha:

—Y..., ¿cuánto me costaría?

—No lo sé, exactamente. Tiene unas tarifas, pero procuraríamos que en su caso no fueran demasiado altas.

—Comprendo —dijo ella amargamente.

El se volvió hacia Pam:

—¿Qué quiere decir?

—Comprendo perfectamente —insistió ella. Se puso en pie—.

Bueno, vuelva con su jefecito, y que tenga más suerte en otra ocasión.

Los ojos un poco saltones de Cooligan la examinaron, sorprendidos:

—No entiendo... Ah, sí, comprendo yo también. Usted se equivoca, *miss* Clooney.

Ella se apoyó sobre la mesa con ambas manos. El bolso colgaba de su hombro:

—¿No? ¿No es eso, hombrecito?

—No, no es eso, *miss* Clooney. Usted cree que yo la envío a mi hermano, y que él le pasa una factura por no hacer nada, y de esa manera yo cobro una comisión sobre los trabajos, ¿no es eso?

—¿Es que no lo es?

—No, *miss* Clooney. Le doy mi palabra de honor de que no. Yo no soy un sucio que trabaja a comisión. No lo soy.

Parecía respirar honradez. Ella volvió a sentarse:

—Si no es así, dispense, pero he llegado a no saber ya ni dónde pongo los pies, y si voy a encontrar una serpiente debajo de los zapatos.

—En este caso, sólo va a encontrar terreno firme, *miss* Clooney. Escuche, ¿es cierto lo que le dijo a Riley?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de aquella ocasión en que estuvo en la cárcel.

—No estuve en la cárcel. La mujer de un concejal dijo que había *strep-tease* en aquel lugar, porque su marido había tenido relaciones con una de las muchachas. Pero se demostró que no. Y nos soltaron inmediatamente, sin necesidad de fianza. Lo que le digo es cierto, sargento.

—La creo. No he tenido tiempo de hojear los informes. Pero...

—Escuche, ¿cómo tenía su jefe esos informes sobre mí?

Los ojos del sargento la examinaron con interés:

—Usted no es tonta, ¿verdad?

—Me han llamado muchas cosas en mi vida, pero no idiota. ¿Por qué?

—Pues porque... los pidió. Los piden de todas las chicas que trabajan en las salas de fiesta.

—Comprendo. Para..., porque le interesan a alguien, ¿no es cierto?

—Me juego el puesto, pero le voy a contestar: sí.

—A ese tipo que fue a verme, ¿no?

—No, a él no, aunque indirectamente le son útiles. Se trata de alguien que está algo más arriba. Bastante más arriba.

—¿Quién?

—No puedo darle esa información. Pero siga mi consejo, *miss* Clooney, y vea al detective Cooligan. Si hay alguien que puede ayudarle en las actuales circunstancias, él es.

—Creo que lo voy a hacer. Y..., gracias, sargento.

—No hay de qué.

—¿Cómo puedo verlo a usted, después?

—No hay necesidad de ello. Y por otra parte, podría ser peligroso para mí. Ya tendré noticias tuyas por otros medios.

Se puso en pie, pagó los cafés que ninguno de ellos había tomado, y se dirigió hacia la salida.

—Las señas son: Ripper Street, 77. Hay una placa en la puerta, en el piso cuarto.

Desapareció. Pam lo vio cuando cruzaba la calle.

—Ripper Street —murmuró—. Setenta y siete.

Cuando salió a la calle, había una amenaza de nieve en el ambiente. La gente pasaba apresuradamente, sujetándose los gabanes para que el viento no los inflase.

Caminó por la acera. Miró su reloj. Eran las cuatro y media y comenzaba a anochecer.

Tenía alquilada una habitación en la calle Market. Una pequeña pieza, con dormitorio y sala, y una minúscula cocina. Por ella pagaba tanto casi como si viviese en un cottage en las montañas, pero no había podido encontrar nada más barato.

Trepó las escaleras y abrió la puerta con el llavín. Su mano se alargó para encontrar la llave de la luz.

La puerta se cerró tras de ella con violencia:

—Quietecita, nena.

Sintió que el corazón le fallaba un latido, y luego continuó su marcha, con la velocidad notablemente aumentada. Luego, la luz se hizo en la habitación.

Y allí, a su lado, estaba el hombre del sombrero gris, con franja malva, y su trinchera gris.

Una mano se alzó en el aire, y la joven sintió restallar la

mejilla. Las lágrimas acudieron a sus ojos, por la fuerza del golpe. La mejilla le ardía.

—Esto —dijo el hombre— es sólo para comenzar, nenita. Sólo el comienzo.

CAPÍTULO II

Estaba acorralada en uno de los rincones del cuarto. Éste no era un modelo de lujo, pero le había costado bastante amueblarlo como a ella le gustaba.

Y ahora, el hombre acababa de romperle la mesita ratona, de una patada, y descolgar el cuadro que le había costado cinco dólares, tirándolo al suelo.

Y seguía mirándola con aquella sonrisa torcida, mientras avanzaba hacia ella a paso de lobo. Al hacerlo, su mano tocó la cortina, y de un solo tirón la descolgó. Los visillos de nylon se desgarraron.

—Así que andándole con chismes a la policía, ¿eh?

Pam lo miraba con los ojos muy abiertos por el terror, la indignación y el dolor. Si en aquel momento hubiera tenido un cuchillo en la mano, no lo habría dudado ni un solo momento. Lo hubiese clavado con salvaje placer en la garganta del hombre.

—Así que contándoles a todos lo que yo te había dicho, ¿eh?

Estaba ya casi encima de ella. Una de sus manos se alargó, y cogió a Pam por el cuello del vestido. Un solo tirón, y el vestido se rompía de arriba abajo, hasta casi la cintura.

—Muy bien, nena, yo te voy a enseñar unas cuantas cosas de la vida. Unas cuantas, nenita.

—¡Déjeme!... No me ponga las manos encima, ¡sucio cerdo...!

—Conque yo soy un sucio, ¿eh? Muy bien, nena.

Resulta muy difícil defenderse de alguien, cuando al mismo tiempo hay que sujetarse el vestido roto para que no se abra sobre el pecho. Pam se dijo con desesperación que si en alguna ocasión se había encontrado ante un problema insoluble, ésta era una.

Levantó el pie, y le dio una patada en la espinilla con el zapato de aguda puntera.

El hombre acusó el golpe. Retrocedió un paso, y se cogió la

canilla con una mano.

—Así que comenzamos a sacar las uñitas, ¿eh? Pues bien, yo te voy a enseñar...

La abofeteó una y otra vez, con saña y fuerza. La cara de la muchacha osciló de un lado a otro. En ese momento, su mano encontró el astil de la lámpara de pie que iluminaba el rincón donde, de vez en cuando, si tenía tiempo, leía un libro.

Lo alzó sobre su cabeza, y lo descargó en la del hombre.

Éste cerró los ojos, se tambaleó, y cayó al suelo, extendido.

Pam respiró profundamente, con un sollozo que casi la ahogaba. Miró al hombre y, por un instante, desesperada, pensó en qué podía hacer.

Porque cuando él recobrarse el conocimiento, lo que le había hecho iba a ser bien poca cosa, comparado con lo que podría hacerle.

Tenía que salir de allí, cuanto antes, pero... ¿para ir dónde?

Faltaban tres horas para incorporarse al Pelicano, y además, en él tampoco estaría segura. Bien claro se lo había dicho el hombre cuando la visitó por vez primera. Nadie iba a ofrecerle colocación, una vez que ellos la hubiesen marcado.

Las lágrimas de dolor y de humillación se agolparon a sus ojos. Se las limpió rabiosamente con el dorso de la mano, sin ocuparse siquiera de sacar el pañuelo.

Y luego, se decidió. Fue como una súbita inspiración.

Cogió un imperdible, y se sujetó el roto vestido. Luego, tomó el gabán del perchero, y se lo puso.

Ya en la puerta, con la llave en la mano, volvió a dudar. Al salir de casa, ella había cerrado con llave y, sin embargo, al volver el hombre estaba allí. Luego debía tener otra llave o había abierto por algún procedimiento que ella desconocía.

Lanzó una mirada a su alrededor, y recordó. Tenía doscientos dólares ahorrados en un pequeño jarrón, en el dormitorio. Los cogió y, lanzando una última mirada al hombre, salió definitivamente.

Ya en la calle, el frío le mordió en las pantorrillas. Un taxi pasaba lentamente, pegado al bordillo de la acera. Le hizo una rápida seña, y el taxista paró.

—Calle Ripper, 77 —dijo, jadeante.

A través del retrovisor, el taxista le dirigió una larga mirada.

—¿Le ocurre algo, señorita? ¿Se encuentra bien?

—Sí, pero, por favor, dese prisa.

—Conforme por mí. Pero si nota que se maree, por favor, avise y pararé para que se descargue.

—¡No me voy a marear!

—Por mí, conforme.

La calle Ripper no estaba lejos. Era una travesía tranquila, compuesta casi toda ella por, edificios de oficinas reducidas, ya vacías a aquella hora.

Pam ascendió frente al 77, un edificio de siete plantas.

Pagó al taxista. En el momento en que cruzaba la acera, algo blanco, sin peso, se posó sobre su rostro. El primero de los copos de una nevada que se anunciaba hacía horas.

En la recepción no había más que un hombre que leía el periódico con una taza de café al lado. Con el corazón laténdole fuertemente ante la perspectiva de que Cooligan se hubiera ya marchado a su casa, la joven lo enfrentó.

—¿Cooligan? Creo que aún anda por ahí arriba. Se retira tarde. Al filo de la botella.

Ella no se detuvo para tratar de entender aquellas palabras. Ya estaba en el ascensor, que tuvo que manejar ella misma. Se detuvo en el cuarto. Allí, casi frente a la puerta del ascensor, estaba la placa:

T. COOLIGAN,
INVESTIGADOR PRIVADO.

Se detuvo un momento para que su corazón dejase de latir tan fuertemente, y luego apretó el timbre. Un campanilleo melodioso se oyó en alguna parte, dentro.

Aún tuvo que esperar casi dos minutos. Cuando ya las fuerzas la abandonaban, la puerta se abrió, de pronto.

—¿Sí?

—¿Míster Cooligan?

—Yo mismo. ¿Sí?

—Deseo hablar con usted. Me envía su hermano.

—¿Sí?

No se había movido una pulgada de la puerta. Estaba en mangas de una camisa color tabaco.

Ella se apoyó en el dintel.

—¿Es que no quiere oírme?

—¿Dice que la envía mi hermano?

—Sí, el sargento Cooligan.

—¿Cuándo la envió?

—Esta tarde.

El miedo iba dejando paso a la indignación. ¿Es que no pensaba dejarla entrar?

—Pase.

Se apartó. Una salita pequeña, con un par de sillones, y al fondo, una puerta. Otra habitación en la que había una máquina de escribir, en su carrito, y una mesa. Un archivador metálico.

Otra puerta más, y un despacho. El hombre la precedía, abriendo puertas y pasando siempre delante.

Sobre la mesa del despacho había un vaso y una botella. Ésta estaba medio vacía.

El hombre se sentó tras la mesa y, con la mano, le indicó el sillón.

—Siéntese.

Ella se dejó caer en el sillón. Al hacerlo, se le abrió el gabán, y quedó al descubierto el vestido rasgado y sujeto con el imperdible.

Los ojos del hombre la recorrieron con la mirada.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Eso —dijo ella, esforzándose por mantener su dignidad—, forma parte de la historia.

—¿Quiere un trago?

—No...

—¿Por qué no? Quizá le sentara bien.

Un trago, sí eso era lo que necesitaba. Rectificó:

—Sí. Por favor.

El hombre miró el vaso. Se encogió de hombros, y dijo:

—¿Le importa que le sirva en éste?

—Lo haré de la botella.

—Como quiera.

La joven bebió un trago. El scotch le abrasó la garganta, pero al instante, su fuego pareció devolverle las fuerzas.

—Usted es un detective privado, ¿no?

—Eso dice en la puerta.

—Pues yo quiero que...

Estaba mirándole. Era alto, con el pelo rojizo, que le crecía en pico sobre la frente, dándole una apariencia un poco zorruna. Tenía los ojos grises y muy separados.

—Yo quiero que...

No había preparado lo que quería. No lo había pensado. Súbitamente, se decidió:

—¿Ve esto?

—¿Se refiere a su vestido?

—Sí. ¿Lo ve?

—Lo estoy mirando.

—Pues bien, ha sido un hombre. Una bestia que se metió en mi casa, me pegó y me hizo esto.

—Bien. ¿Dónde entro yo?

No había movido un solo músculo de la cara. Sus brazos, fuertes, cubiertos de un vello rojizo, descansaban sobre la mesa.

—Usted..., su hermano me dijo que usted era la única persona que podía ayudarme.

—¿Por qué? ¿En qué?

No parecía ni siquiera interesado. Por un momento, el deseo de ponerse en pie y marcharse se apoderó de Pam. Pero apretó los labios y dijo:

—¿Puedo contarle la historia, o no le interesa?

El hombre se sirvió un vaso lleno. En él puso los últimos restos del contenido de la botella.

—Cuente.

Cerró los ojos, y se recostó en el sillón.

—Pero... ¿Me va a escuchar siquiera?

—La estoy escuchando.

Pam lo dudaba, pero ya había pasado el momento de levantarse y salir. Comenzó y acabó, en menos de diez minutos. El hombre, durante este tiempo, ni siquiera abrió los ojos. Permaneció en la misma postura, con los brazos sobre la mesa, y la cabeza inclinada hacia atrás.

—Y... —acabó ella—, en este momento no sé ni lo qué hacer. Ese hombre habrá despertado ya, y... no puedo volver a mi casa. Iré a un hotel, pero...

Su voz fue apagándose. El abrió los ojos.

—Así que golpeó a Flick Barrows. Le golpeó en la cabeza.

—Después de que él me había puesto en este estado, y se había hartado de darme de bofetadas.

Cooligan se puso en pie. Nada hacía pensar, una fracción de segundo antes, que iba a moverse. Y, sin embargo, ahora estaba ya en pie, al lado de Pam. Tan aprisa, pero, sin esfuerzo alguno, lo había hecho.

—Quítese el gabán.

—¿Para qué?

—Quíteselo.

Ella obedeció. Se sujetó el vestido roto con una mano.

El la miró. Siempre con la misma expresión indiferente.

—Sí —dijo, por fin—. Muy propio de Flick. Bien, y..., ¿qué quiere que haga por usted?

—¿Yo...? Yo... ¿no puede usted ayudarme?

—¿De qué manera?

Lentamente, Pam se puso en pie.

—Lo siento. Lamento haberle molestado.

—Siéntese.

—Pero usted...

—Siéntese...

Ella se dejó caer lentamente en la silla.

—Lo que quiero que me diga es qué desea de mí. De qué forma quiere que la ayude.

—¿Querer? Quiero que alguien se ocupe de... que alguien, haga...

Sí, ¿qué era, en realidad, lo que quería? Ayuda, saber que no estaba sola frente a un tipo capaz de hacerle aquello, y un policía corrompido.

—¿Lo ve?

—No le entiendo. No sé qué quiere usted decir.

—Porque yo puedo hacer varias cosas. La primera, ir con usted a la policía. Lo cual sería inútil. La segunda, ir a buscar a Flick. Eso es lo que usted quiere, ¿no?

—Pues... No me atrevo a ir a casa, mister Cooligan. Su hermano me dijo que usted me ayudaría.

—Pero no cómo.

—No, por supuesto.

El hombre volvió a sentarse. Siempre con los mismos movimientos fáciles, aceitados, tan veloces que apenas podía seguirle con la vista. Un momento estaba a su lado y al instante siguiente, sentado tras la mesa.

—Supongamos que encontramos a Flick. ¿Qué hago?

—No lo sé, no soy detective. Soy una mujer a la que han pegado, a la que han maltratado, una mujer que... necesita ayuda. Si es por dinero, tengo doscientos dólares aquí, y quinientos más en el Banco.

—¿Sabe cuánto cobro por una minuta?

—Yo... no.

—Mil dólares, y doscientos más cada día que dure la investigación, Y gastos aparte.

Esta vez, Pam se puso en pie.

—Lo siento. No los tengo. Y no sé siquiera si voy a poder ganarlos.

—Siéntese.

—Pero... —ella estaba en el paroxismo de la indignación—. Pero ¿no me ha oído? ¡No los tengo! ¡No puedo encontrarlos! ¡Nadie me los prestará! ¡Nadie! Y esto es todo. Y me voy, y que...

—Siéntese.

—¡No quiero!

—He dicho que se siente. Quiero que me diga una cosa: ¿Es cierto que fue usted detenida?

—Sí, pero había sido una denuncia falsa.

—¿Jamás hizo *strip-tease*?

—Nunca. Palabra que no.

—Pero alguien se ha preocupado de que el jefe Riley lo sepa. —
¿Tiene alguna idea de quién ha podido ser?

—Ni la menor idea.

—Y... por último, ¿cómo piensa usted que Flick se enteró de que usted había ido a la policía a quejarse?

Ella le miró de frente.

—Sólo hay una posible explicación: alguien de la misma policía se lo ha hecho saber. Ayer, yo misma ignoraba si iría o no a la policía. Hoy, una hora apenas después de haber acudido a ella, ese... cerdo lo sabía ya.

Cooligan asintió con la cabeza. Luego, se puso en pie.

—Vamos.

—¿Dónde?

—A su casa.

—Pero... ese hombre puede estar allí, esperando...

—Ojalá.

Abrió un cajón de la mesa, y sacó de él un arnés. De él colgaba una pistolera con el arma dentro.

—Vamos.

—Pero yo no quiero quedarme allí. El puede volver en cualquier momento y...

—No se preocupe de eso. Vamos.

—Y quedan los honorarios...

—Vamos.

La cogió del brazo y le entregó el gabán. Ella se lo puso.

Traspusieron la puerta. Bajaron la escalera. El hombre de la conserjería los vio marchar, sin decir una sola palabra.

En la puerta había un coche europeo, bajo, de dos plazas. Ella no lo conocía, pero cuando el hombre lo puso en marcha, se dio cuenta de la potencia del motor, de la suavidad de la arrancada y de su «reprise», fuera de lo normal.

—¿Dónde vive?

—En Market.

Llegaron allí en menos de cinco minutos. El hombre conducía despreocupadamente, con una sola mano, y la otra en la palanca del cambio de velocidades. Apenas utilizaba los frenos, pese a que la circulación era densa. Parecía formar un solo bloque con el coche, tal era su seguridad.

Paró ante la puerta.

—Vamos. Vaya usted delante.

Ella ascendió la escalera. El corazón latía a su ritmo normal, porque al lado de aquel hombre sentía una extraña seguridad.

Llegaron a la puerta. Estaba cerrada. Ella iba a abrir, cuando el hombre le arrebató la llave.

La metió con absoluta seguridad, sin fallar ni un solo milímetro en la cerradura, y luego empujó la hoja, al tiempo que se colocaba rápidamente a un lado.

—No se mueva.

Asomó la cabeza. La habitación estaba a oscuras.

Encendió la luz, mientras llevaba la mano derecha al sobaco.

Nada ocurrió.

La joven había asomado la cabeza detrás de él.

—Santo Dios.

Porque por allí parecían haber pasado las huestes de Atila.

Las sillas estaban rotas, el sillón destripado, y los utensilios de la cocina, todos aquellos susceptibles de romperse, destrozados.

La muchacha sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Doscientos dólares me costó amueblarlo, y ahora...

El hombre no había dicho una sola palabra. Luego, de pronto, se volvió hacia ella.

—¿No habrán oído algo los vecinos?

—Los apartamentos de los lados están desalquilados. Los precios son... muy elevados.

—Está bien. Vamos.

—Pero..., ¿dónde? ¡Maldición! ¿Dónde?

Y se echó a llorar.

CAPÍTULO III

Cooligan la contemplaba con un cigarrillo colgando de los labios.

—¿Dónde? —inquirió—. Muy sencillo. Vamos a ir a buscar a quien ha hecho esto. Un tipo alto, con los ojos amarillos.

—Usted... lo conoce.

—Por supuesto. Conozco a Flick.

—¿Y sabe dónde podemos encontrarlo?

—Tengo una idea.

—Mi cuarto...

Ella lo contempló con expresión de intenso desamparo.

—¿Qué haré ahora?

—Ya se lo he dicho. Buscar a Flick.

—Pero él... tiene amigos. No está solo. El solo no se hubiera atrevido a hacer esto. Quiero decir... si no contase con alguien que lo respaldara.

—Por supuesto. Aunque le creo capaz, de hacerlo nada más que por gusto. Bueno. ¿Vamos, o no?

—Y luego, en el caso de que lo encontremos, ¿qué haremos?

—Usted, nada. Yo lo haré.

La joven le clavó los ojos.

—Y..., ¿después? ¿Qué haré yo? Me perseguirán, impedirán que trabaje, pueden incluso «marcarme». Me lo dijo ese Flick. Y por ahora —añadió amargamente—, mi físico es lo único que tengo para ganarme la vida.

—¿Me ha contratado, sí o no?

—Sí, pero no creí que llegasen las cosas a este extremo.

No..., no puedo hacerlo. Arrojo la esponja, simplemente.

Deje el asunto. Me iré de la ciudad. Eso es lo que haré.

Se dejó caer en el roto sillón, y se cogió la cara con las manos.

—Le pagaré el dinero que tengo. Lo siento, «mister Cooligan».

—Póngase en pie.

—¿Qué?

—Que se ponga en pie.

Ella obedeció lentamente. Desde lo alto de su estatura, él la contemplaba reflexivamente, siempre con el cigarrillo entre los labios.

—Usted fue a la policía.

—Bien, ¿y qué hay con ello?

—Muy sencillo: otra no se hubiera atrevido. Eso ya revela una cierta dosis de valor.

—Sigo diciendo: ¿qué hay con ello?

—Y luego me contrató a mí. ¿Con qué objeto?

—Pues... ya se lo dije: quería protección y...

—Exacto. La tiene.

—Pero usted no puede luchar sólo contra...

La mano de Cooligan se alargó hasta encontrarse con el brazo de ella.

—Apriete, compañera.

—¿Qué..., qué quiere usted decir?

—Eso mismo. Que aguante. Vamos a buscar a Flick.

Tiempo tendrá de arrojar la esponja después, a la vista de lo que haya.

Ella vaciló.

—¿Y si no puedo luego... escapar...?

—Podrá.

Hubo un silencio. Por último, Pam apretó los dientes.

—No puedo hacerlo.

—¿Prefiere irse a otra ciudad?

—Sí, lo prefiero, y es lo que voy a hacer inmediatamente.

Yo le enviaré un cheque...

—Usted está marcada ya.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Simplemente. Allí donde vaya, un hombre con un sombrero gris, o negro o rojo, o con los pelos al aire, la va a buscar. No se les escapará tan fácilmente. La lucha tiene usted que ganarla aquí. Aquí.

Y señaló el suelo con el pulgar.

—¿Quiere decir que no podré escapar de esos...?

—No. Si quiere darles la batalla, ha de ser aquí. Aquí, al menos, tiene alguien.

—¿A usted?

—Sí.

La muchacha lo pensó aún un momento. Luego, se dirigió al ropero. Había en él un gabán de paño grueso, con cinturón.

—Al menos, esto no lo han roto. Algo es algo. Vamos, si quiere.

El abrió la puerta.

—Sí.

Bajaron la escalera, y llegaron a la calle. Antes de salir, el hombre miró a un lado y otro de la calle.

—Salga.

El coche estaba junto al bordillo. Cooligan abrió la portezuela.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella.

—¿Conoce el Mexican Tropicana?

—He oído hablar de él. No estuve nunca allí.

—Flick tiene allí su chica.

Puso el coche en marcha, y arrancó a una velocidad suicida. Al menos, eso le pareció a Pam. Conducía siempre coa una mano en el volante y con otra en la palanca de cambio, haciendo constantes maniobras. Cruzaron un semáforo cuando ya se cambiaba el color, y un policía se les quedó mirando.

—El suelo está húmedo. Nos vamos a estrellar —dijo Pam, agarrándose al asidero. Nunca había visto conducir de aquella manera.

—No, estando yo al volante.

Detuvo el coche con un chirrido ante otro semáforo, rozando la raya. El policía se les acercó, balanceando la porra.

—¿Dónde está el fuego?

Cooligan bajó la ventanilla.

—En ninguna parte.

—¿Usted? ¿Quiere que le haga la denuncia?

—Hágala.

—La paga, ¿eh?

—No he infringido nada.

El policía vaciló:

—Siga, Cooligan, pero si atropella a alguien, se la busca para toda la vida. Yo diré que conducía como un maldito loco.

Cooligan arrancó con la misma velocidad. Dejó Lafayette, y se metió, con un chirrido de ruedas traseras, en una bocacalle que Pam no conocía.

Se detuvo junto al bordillo.

Encendió la luz interior.

—Píntese. Pero no se quede corta. Y los ojos. Supongo que llevará bastante adobo en el bolso.

—Llevo, pero...

—No responda. No tenemos mucho tiempo. Vamos, haga lo que le digo. El Mexican no es el Pelicano. Debería saberlo usted.

Ella se sintió enrojecer.

Sacó el bolso, y se extendió una generosa capa de carmín por los labios. Con la pasta azul plata, se cubrió los párpados.

—¿Puede hacerse otro peinado? Algo que no lleve mucho tiempo, pero que no permita que la reconozcan enseguida.

Pam llevaba el pelo largo, partido con una raya en medio. Se lo subió y lo sujetó con horquillas en la parte alta de la cabeza.

—¿Así?

El la contempló.

—Puede pasar. Vamos.

Descendieron del coche. Un poco más allá, un zigzagueante letrero rosa anunciaba el Mexican Tropicana.

Cooligan abrió una puerta de madera labrada, y ambos penetraron en un estrecho pasillo. Más allá había una cortina.

Un hombre les cerró el paso.

—¿Tienen mesa reservada?

—¿Desde cuándo? ¿Desde hace diez días? Vamos, apártese. Amigos de Artie.

—Pasen.

Detrás de la cortina había una escalera de unos diez peldaños, bastante empinados.

Una muchacha, con falda corta y medias hasta arriba, caladas, y una caja de cigarrillos colgando del cuello, les cerraba el paso.

—No —dijo Cooligan.

Y por fin llegaron a la sala. Baja de techo, con pocas luces rojas, y un mostrador a la izquierda. Estaba llena de humo y en el tablado, un negro tocaba el cornetín de pistón.

—Siéntese.

Lo hicieron ante una mesa baja, en taburetes de tres patas, de madera.

—No veo nada —dijo ella—. Y eso que estoy acostumbrada a la poca luz.

—Espere un poco. *Whisky*. ¿Usted?

—También. Necesito algo fuerte.

Se los trajeron. Cooligan lo vació de un trago.

—Otro.

Ella no había terminado el suyo aún. Cooligan bebió tres antes de que ella lo acabase.

—Allí está.

—¿Flick? —preguntó ella con un estremecimiento.

—No, su chica.

—¿Cuál?

—La rubia, la que está junto al negro.

Éste había terminado de tocar, y dejaba el turno a una muchacha rubia, con un vestido plateado, que se ajustaba a su cuerpo hasta las rodillas.

—¿Qué piensa hacer...?

—Lo verá pronto.

La muchacha cantó, con voz ronca, y movimientos lascivos. Cuando acabó, se oyeron algunos aplausos y silbidos, pero bastante escasos. Ella se inclinó ligeramente, y bajó del estrado.

Cooligan se había puesto en pie.

—Espere aquí. Y no diga nada.

Se alejó, entre el humo, Pam lo perdió de vista. Conocía perfectamente el ambiente de los clubs nocturnos, pero a su alrededor vio caras extrañas. Una palabra acudió a sus labios. Drogas. Lo gritaban aquellas faces chupadas, aquellos ojos alucinados, aquellos gestos nerviosos.

Y se preguntó cómo la policía no intervenía. El recuerdo del teniente Riley acudió a su memoria. Probablemente, Riley sabía lo que ocurría allí, pero no sentía ningún deseo de intervenir.

Alzó los ojos. Cooligan estaba ante ella.

—Nena, te presento a Milly. Milly, ésta es Toppy. Daos un beso.

No se besaron. Milly se sentó, después de subirse la estrecha falda.

—Gusto, Toppy. Tom, ¿es tu chica?

—Pues eso quiere ella, ¿no es así, Toppy?

Pam asintió con la cabeza. No necesitaba siquiera la mirada de advertencia de Cooligan para comprender cuál debía ser su actitud.

—Milly, ¿dónde está Flick?

—Ni idea. Por ahí. Es un cerdo.

—Pero ¿no lo has visto hoy?

—¿Querías verlo tú?

—Sí.

—¿Para qué?

—No preguntes, y no te contestarán mentiras, nena.

—Pero tú eres un poli. Privado, pero un poli.

—Privado, nena. Privado. No es lo mismo.

—Todos los polis —son unos cerdos. Bueno, tú eres un poco menos cerdo que los demás, pero un cerdo, al fin y al cabo. Toppy, ¿verdad que todos los hombres son unos cerdos?

—Cerdos —asintió Pam, con la garganta contraída. Sentía miedo.

—¿Lo ves? Bueno, Tom, ¿pagas un trago?

—Para eso estamos. No quiero que pierdas tiempo, ni dinero. Pide. Pero nada de agua de té. Pide *whisky* y bébetelo. Así que no sabes por dónde anda Flick...

—Ni idea. Es un cerdo, un verdadero cerdo.

—Hagamos una cosa. Vamos a buscarle.

—¿Los tres?

—Los tres.

—Yo..., bueno, éste... Flick podría tomarlo a mal.

—¿Por qué? Ya nos conocemos, ¿no? Yo voy con mi chica y tú... lo buscas a él.

—Bueno... Yo no he terminado aquí, pero... Creo que podré salir. Esperad un poco.

Un momento después volvió, poniéndose el abrigo.

—Pero ¡qué cerdos son los hombres! ¿Verdad, Toppy?

—Cerdos.

—Chica, no hablas mucho, pero así me gustan a mí.

¿Dónde vamos?

—Tú sabrás dónde hay que buscar a estas horas, ¿no?

—Pues..., podemos probar en

Tilly's.

—De acuerdo.

Cooligan pagó, y salieron. Subieron al coche, apretados, en el asiento delantero. Tom arrancó, salió a Lafayette de nuevo, y luego se lanzó a toda velocidad hacia el Norte, hacia los Highs.

—Eh, chico, te equivocas. No es por ahí.

Cooligan no le contestó. Llegó a los Highs, subió la ligera cuesta que separaba el barrio aristocrático del centro comercial, y terció a toda velocidad. Un momento después pasó ante un descampado.

—Bueno, chico, si éste es tu sentido del humor...

Tom Cooligan se volvió hacia ella.

—¿Dónde está Flick?

—Pero ¿no te dicho que...?

—¿Dónde? Aprisa. No quiero perder mucho tiempo.

—Pero ¿estás loco? No lo sé y...

—Bueno, tú lo quieres.

Alargó el brazo hacia atrás, la cogió del gabán y la atrajo hacia sí, hasta que las caras se juntaron, casi.

—Quiero encontrar a tu cerdito, preciosa, y me vas a decir dónde puedo hacerlo. De lo contrario, el dueño del Mexican va a tener que buscarte una sustituta... El tiempo que tarden en curarse unos cuantos huesos quebrados.

—Pero... ¡Tom! ¡Suelta cerdo, que me haces daño...!

—¿Dónde?

—Te he dicho que no lo sé... ¡Suelta...! ¡Ay!

Pam apretó los labios; La violencia la ponía físicamente enferma. Apartó la mirada.

—¿Dónde?

—Yo... ¡Ay, no lo sé! En

Tilly's,

quizá. Pero no lo sé...

—Si no lo encontramos en

Tilly's,

quizá. Pero no lo sé...

Tú te has vuelto loco.

—Yo me bajo...

Pero el coche había arrancado con aquella violencia a la que Pam estaba comenzando a acostumbrarse.

La otra chica golpeó la espalda de Tom Cooligan con fuerza, al

mismo tiempo que se ponía a gritar.

—Topy, dale un golpe, si sigue haciendo ruido.

Pam tardó un instante solamente en darse cuenta de que Cooligan se dirigía a ella. Se volvió hacia Milly, y levantó el brazo. La otra se acurrucó en el fondo del asiento, contra la portezuela.

—No, no me pegues.

—Así está mejor.

Siguieron por aquella calle tranquila hasta alcanzar Grant. En ese momento comenzó a nevar fuertemente. La visibilidad se hizo casi nula. Fue como quien abre un conmutador.

Pero Cooligan no aminoró la marcha. Una de las veces, al doblar una esquina, el coche patinó en la delgada y resbaladiza capa, pero el conductor se hizo con el «M. G.» antes de que éste tocase el bordillo de la acera.

—¡Nos vamos a matar! —chilló Milly.

Cooligan frenó bruscamente.

—Escucha con atención —dijo, volviéndose hacia Milly—. Voy a bajar. Topy se encargará de que no te muevas de ahí, ¿verdad, Topy?

—Cierto —dijo Pam, tragando saliva.

—Voy a volver con Flick o sin él, pero, si te has movido, lo vas a sentir toda tu vida. Conque... quietecita.

Abrió la portezuela. Del bolsillo lateral sacó una llave inglesa, y se la entregó a Pam.

—Dale con esto en la cara, si se mueve.

Luego, cerró con violencia y se perdió en la nieve. Pam, sintiendo el corazón en la boca, se volvió hacia la otra. Se esforzó en que su voz adoptase un tono canalla:

—Quieta, ¿eh, preciosa? Te envío las muelas garganta abajo, si te mueves.

—Yo..., vosotros sois...

—Cállate.

Pam miraba con el rabillo del ojo hacia la calle. Estaba vacía. No veía luces de neón, escaparates, nada a lo que estaba acostumbrada. Parecía que estuviesen en medio del campo, pero sabía que no era así.

Transcurrieron los minutos lentamente, tan lentos, que Pam sintió que los nervios se le atirantaban con dolorosos latigazos.

Y, por fin, una alta figura se perfiló junto a la ventanilla.

La abrió.

—Vamos.

—¿Dónde está Flick? ¡Quiero verlo! —graznó Milly.

Tom Cooligan no respondió. Puso el coche en marcha, y los limpiaparabrisas comenzaron a barrer los cristales.

—¿Dónde...?

—Topy, dale con la llave inglesa.

Pam alzó la mano. Un brillo fugitivo osciló en ella. Milly se acurrucó en el fondo.

—¡No me pegues!

—Pues calla.

Fue aquélla una carrera desenfundada. Por dos veces parecieron a punto de chocar con un coche en dirección contraria, pero siempre en el último segundo, Tom enderezaba la marcha.

Cuando se detuvieron, él se apeó.

—Vamos, bajad.

Pam miró a su alrededor. Altos muros de ladrillo, nieve sobre ellos y un olor dulzón.

—Vamos por aquí.

Tom Cooligan sacó una llave y abrió una puerta metálica.

—Pasad. Hay un interruptor a la derecha, pero no lo encendáis hasta que yo os diga.

Pam empujó a Milly. Un momento después, los faros del coche barrieron la oscuridad, iluminando una nave grande y vacía. Se veían puertas al fondo.

El coche entró. Las puertas se cerraron de nuevo. Sólo entonces Cooligan encendió una luz. Una bombilla colgando de un cable iluminó espectralmente la escena.

—Y ahora —dijo Tom, volviéndose hacia Milly—, vamos a esperar aquí a tu cerdito.

CAPÍTULO IV

Hubo un silencio.

—Cuando Flick se entere de lo que has hecho, vas a tener que buscar un buen agujero para esconder...

Milly no llegó a acabar. Tom Cooligan la miraba con los ojos entornados.

—Cierra el pico, Milly. Cuando yo acabe con tu cerdito, él sí que va a necesitar algunos remiendos en la cara y en el cuerpo.

—Pero..., ¿por qué? Chico ¿por qué?

No hubo respuesta. Cooligan encendió un cigarrillo. Después de ofrecerles a las muchachas, fumaron en silencio.

Y luego alguien llamo a la puerta, habría pasado una media hora desde que estaban allí.

Tom fue a la puerta y la abrió. Un hombre dio un paso hacia adentro, con la mano en el sobaco.

—Conque esas tenemos...

Tom lo cogió por las solapas y de un empujón lo mandó a tierra. Fue un golpe doloroso.

El hombre, al que Pam reconoció al momento, intentó rodar sobre sí mismo y sacar algo del sobaco. El pie de Tom, calzado con zapatos de gruesa suela, le pisó cruelmente.

Luego Tom lo puso en pie cogiéndolo por las solapas.

Con una sola mano le quitó la pistola, y después lo abofeteó. Una y otra vez.

Milly chilló:

—Ciérrale la boca.

Pero no hacía falta. Flick se derrumbó. Sus ojos estaban muy abiertos.

Tom lo soltó y se le quedó mirando.

—¿Por... qué? —preguntó Flick.

—¿Por qué? ¿Quién te mandó meterte con mi chica? ¿Eh, cerdo?

—¿Tu chica...?

Los ojos de Flick fueron hasta Pam. Una extraña mirada apareció en aquellas pupilas, amarillentas.

—¿Tú chica?

Tom Cooligan asintió con la cabeza.

—Mi chica, sí. ¿Quién te dijo que fueras a cobrarle el barato?

—Yo... no lo sabía.

—Te estoy preguntando quién te envió. Quiero saberlo para decírselo personalmente.

—Yo... no puedo decirlo. No sabía que era tu chica...

—Estás mintiendo, bastardo. Pero eso lo vamos a arreglar enseguida.

Le metió el puño en el hígado y, cuando se doblaba, le golpeó en la mandíbula. Lo tiró para atrás, y el cuerpo de Flick rebotó en el cemento.

Tom encendió un cigarrillo.

—Vamos, bastardo, estoy esperando a que hables.

—No... no puedo hablar...

—Más vale que lo pienses, Flick. No voy a tener mucha paciencia contigo, por supuesto.

Barrows se incorporaba, boqueando.

—No la molestaremos más...

—Mientes. Tú no dices a quién hay que cobrarle protección. A ti te lo mandan y tú obedeces, porque eres un lacayo. Quiero saber el nombre de esa persona.

Flick cerró la boca fuertemente. Tom avanzó hacia él, mirándole como un halcón a un polluelo.

—¿Hablas?

No hubo respuesta. Tom lo puso en pie y alzó el puño.

—Espera, por favor. Espera, diablos. Yo...

—Habla.

—Ha sido Ben Hartman.

—Conque el viejo Ben, ¿eh? ¿Y no sabía ninguno de vosotros que ésta era mi chica?

—No, palabra que no lo sabíamos.

—Pero tú le has pegado.

—Yo..., no lo sabía, palabra.

—Bien. Doscientos... No, quinientos dólares. Dámelos...

—¿Para qué?

—Para que pueda reponer su mobiliario, que tú le has roto. Vamos, suelta la pasta.

—No llevo encima... tanto dinero.

Parecía enfermo físicamente. Su cara estaba de un raro color verde.

—Pues vamos a buscarlo a tu casa. Le vas a pagar a mi chica todo lo que le has roto, y algo por las molestias. ¿Entiendes?

—No tengo... dinero...

—Está... bien. Pero tengo que pedirlos...

—Lo buscas. No me importa. Quiero quinientos dolares.

Tom le golpeó de nuevo.

—No quiero excusas. Quiero el dinero.

Le quitó la chaqueta, y de ella, la cartera. Fue sacando billetes y dándoselos a Pam. Ésta los cogió, aturdida aun por aquella explosión de violencia.

—Cuatrocientos. Faltan cien, pero te los sacaré, aunque sea en carne bastardo. Mañana quiero tenerlos encima de mi mesa. Y... más vale que no le digas a Hartman lo que ha ocurrido. Pienso hablar yo con él personalmente.

—Yo... no lo diré.

—Vamos, nena.

Pam lo siguió. Salieron del garaje, y entraron en el coche. Nevaba copiosamente.

—¿Dónde..., dónde vamos?

—A mi casa.

—¿A su casa...?

—Por supuesto. ¿O es que querría ir a la suya?

—No, pero un hotel...

—Vendrá a mi casa. Ahora es usted mi chica para ellos.

Tiene que hacerse de manera que lo parezca de verdad.

Ella le lanzó una mirada de reojo. Veía, a la luz del salpicadero, las fuertes manos, cubiertas de vello rojo. Veía también su cara, de rasgos firmes, nada parecida a la del sargento Cooligan.

El se dio cuenta de Su mirada, pero no se volvió hacia Pam.

—¿Tiene miedo?

—¿Yo? ¿De quién? ¿De ellos?

—De mí.

—No, por supuesto que no.

—No mienta. Tiene miedo de mí.

Pam cerró los labios. Era cierto. Por un instante, había tenido miedo.

—No lo tengo —afirmó, decidida.

—En ese caso, no discuta más. Ya ha visto que ha recuperado su dinero. Pero no piense en los cien dólares. No se los dará nunca.

—Hay... yo creo que habrá bastante. Pero..., ¿qué ocurrirá ahora?

Tom Cooligan no respondió. Conducía con el mismo descuido, pero el coche avanzaba con una seguridad asombrosa en medio de la nevada.

Llegaron a Kosciusko y torcieron por Beverly. El coche se detuvo ante una casa de apartamentos, con un garaje en la parte de la derecha. Tom metió allí el «M G», lo cerró y salieron de nuevo. El viento frío mordió en las piernas de Pam.

En el tercer piso, Cooligan abrió una puerta. Una sala de estar, limpia y sobria.

—Quítese el abrigo.

Ella obedeció. Casi había olvidado el estado en que se hallaba su vestido.

—Deberíamos haber pasado por mi casa... Oh, todo lo destrozó ese inmundo animal.

—No se preocupe. ¿Quiere darse un baño?

Media hora después estaban sentados ante el radiador de la estufa con un vaso de *whisky* en la mano. En el de la joven, Tom había puesto un poco de leche. Pam llevaba puesta una bata del hombre, que le llegaba casi hasta los tobillos.

Por primera vez en el día se sintió casi a gusto.

El la miró.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Pam.

—Ahora, a esperar.

La mano del hombre se alargó hasta una caja y saco cigarrillos.

—Se está usted preguntando por qué hago esto.

—Sí.

Los ojos grises la examinaban implacablemente.

—Lo hago simplemente porque es usted la primera que ha tenido el valor de intentar denunciar a la policía los manejos de

Flick.

—Eso quiere decir que si hubiera habido alguna otra antes...

—Hubiera hecho lo mismo que he hecho por usted... por ti, ya que, por el momento, eres mi chica.

—Pero..., bueno, no lo entiendo. ¿Por qué, si sabía usted lo que hacían, no ha actuado antes?

—Ya se lo he dicho. Necesitaba que alguien tuviese el valor de enfrentarlos.

—Y entonces..., usted..., tú, crees que ahora podrás...

—¿Ganarles la mano? No lo sé, pero lo vamos a intentar.

—¿Usted y su hermano?

—Tú hermano.

—Está bien, tú y tu hermano.

—Sí.

—¿Solos?

—Tal vez.

—Y ese Hartman..., ¿quién es? ¿Tiene mucha fuerza?

—Mucha. Es, simplemente, el delegado del sindicato en la ciudad.

Pam movió la cabeza. Sus rubios cabellos se movieron.

—No entiendo. No sé lo qué es ese sindicato, ni...

—¿El sindicato? ¿No has oído nunca hablar de la Maffia?

—Sí, claro.

—Ellos son los que sucedieron a la Maffia. Los mismos.

—Pero si nadie puede pelear contra ellos...

—Se puede, cuando se conoce la manera de hacerlo.

—¿Y tú la sabes?

—Tengo una ligera idea.

—Pero... la policía...

—La policía está comprada. A nivel de Riley, por supuesto, pero está comprada. Lo único que necesitábamos era que alguien hablase. Ahora lo has hecho tú.

Su boca se tomó dura al añadir:

—Y ya estás metida en ello, lo quieras o no. Ahora, ya no puedes echarte atrás.

—¿Quieres decir que... en este momento me buscan, quizá...?

—Sin quizá. Lo que he hecho esta noche, declararte como mi chica, los frenará un poco, pero no demasiado.

Descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Buck? Tom.

Escuchó durante unos instantes.

—Lo ignoro. Escúchame atentamente, Buck.

Y le explicó lo que había ocurrido. Luego, dijo:

—Lleva cuidado, Buck. Ese cerdo de Riley fue quien avisó a Flick de que la chica se había quejado. Tan pronto como me vean relacionado con ella, sabrán también que tú has hablado, y que me la has enviado. Toma algunas precauciones. Quizá un descanso en algún sitio. ¿No puedes, de veras? Bien, en ese caso, vigila a Riley y... a los demás. No te dejes coger desprevenido. Tal vez fuese mejor que vinieras a mi casa.

Escuchó. Luego dijo:

—Bien —y colgó.

Se volvió a Pam.

—¿Era su hermano? —preguntó ella.

—Sí. Y me preocupa. Ese Riley es un maldito bastardo.

Hubo un silencio.

—Bien, ahora creo que debe dormir. Lo hará en mi cama. Yo dormiré en este diván.

—Pero no puedo consentirlo... Yo lo haré en el diván.

—No. No discuta. Mañana decidiremos lo que vamos a hacer. Es decir, lo que voy a hacer yo.

Trajo un montón de mantas y las alisó sobre el diván.

—Vaya.

Ella no discutió. Un momento después estaba en la cama. Los ojos se le cerraban. Pasó una rápida revista a los acontecimientos del día, y luego se durmió.

Toda la noche. Cuando despertó, se preguntó dónde se hallaba, hasta que de pronto recordó. Se tiró de la cama, poniéndose la bata.

No había nadie en la cama. Encima de la mesa, una nota: No te muevas ni cojas el teléfono, a no ser que suene tres veces seguidas, cortando entre las tres.

Nada más, Pam fue a la cocina, y de la nevera sacó mermelada. Hizo tostadas y huevos, y lo comió con apetito, preguntándose dónde estaría, en ese momento, Tom Cooligan.

Tom Cooligan se apeó del «M. G.», dejándolo pegado al bordillo de la acera. La nieve, que había cesado al amanecer, volvía a caer

ahora con fuerza. Ante él se abría la puerta de la verja del parque de automóviles usados. Éste se extendía cerca de un kilómetro. Cerca de la puerta había un edificio de cristal y acero. A él se dirigió Tom. Cuando llegó a la puerta, un hombre con una insignia de vendedor en la solapa, se le puso delante.

—Amigo, tengo un «Packard —» que sólo está pidiendo unas manos como las tuyas. Vamos, una ganga. Venga y échele una ojeada.

—Paso.

—¿No quiere ver un «Chevy» con sólo cincuenta mil millas...?, ¿qué digo cincuenta? No llega a las treinta mil...

—¡Quiero ver a Hartman!

—¿Hartman? Bueno, anda por ahí.

Entró en la jaula de acero y cristal. Unas cuantas mecanógrafas trabajaban activamente. Levantaron la mirada al pasar él, y una de ellas, no sabía cuál, lanzó un leve silbido.

—¿Hartman?

—Ahí, pero si no está citado...

—Estoy citado.

La secretaria le lanzó una ojeada más atenta.

—¿A quién anuncio?

—A Thomas Cooligan.

—Un momento después, la muchacha volvió.

—Mister Hartman le espera.

Pasó. Un despacho alfombrado, ceniceros llenos de colillas, archivadores, y una muchacha que tecleaba rápidamente. Al fondo, sentado tras la mesa, un hombre.

—Hola, Cooligan. Pase.

Tom avanzó hacia él.

El hombre se puso en pie y le tendió la mano.

Tom Cooligan la miró, pero no respondió al ademán. En lugar de ello, sacó el paquete de cigarrillos y encendió uno lentamente, siempre en el mismo silencio.

Hartman era un hombre ancho de hombros, pero no tan alto como Cooligan. Debía haber sido muy fuerte, pero ya su vientre se desbordaba por arriba, y por abajo del cinturón, y no precisamente a causa de los músculos.

—Cooligan, ya sé que hemos puesto las patas en algo suyo.

—Sí, Hartman. En algo mío.

—Ha sido una equivocación.

—Una equivocación muy grande, Hartman.

Éste sacó un cigarro de una caja, y lo encendió. Sus ojos examinaban a Cooligan atentamente.

—Pero esas cosas tienen arreglo.

—¿También el que hayan golpeado a mi chica?

—También, Cooligan, también. Sólo la muerte no tiene arreglo. Todo lo demás, sí. ¿Por qué no toma asiento, y discutimos esto ante un par de copas?

—No quiero beber... aún, Hartman.

—Bien, pues siéntese y hablemos. Supongo que no le importará que la tome yo.

Sacó una botella de la mesa, un vaso de papel, y se sirvió una generosa ración. La bebió y chasqueó la lengua.

—Bueno, arreglamos el asunto. La chica no volverá a ser molestada. ¿Es eso lo que quiere?

—Eso es una parte.

—¿Cuál es la otra?

Cooligan se inclinó sobre la mesa, clavando los ojos en los de Hartman.

—¿Por qué la tomaron con ella?

—No la tomamos con ella, Cooligan. Simplemente, Flick se equivocó de chica, eso es todo.

—Ja.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Eso, «ja».

—No le entiendo.

—Hartman, sabe usted perfectamente que mi chica ha sido tratada exactamente igual que otras muchas.

—No sé nada de eso. Flick, a veces, se pasa de rosca, eso es todo.

—Ja.

—Escuche, Cooligan, le estoy tendiendo la mano.

—Yo no la he estrechado. No, antes de aclarar esto.

—Vamos a ver si arreglamos esto. Amistosamente, por supuesto. Ello es fácil. Usted le ha sacado a Flick algún dinero. ¿Qué hace falta algo más? Se pone, y en paz, siempre que las cosas no vayan a ser irrazonables. Y estoy seguro de que usted no será irrazonable.

—Hartman. Mi chica fue a la policía.

—No había ninguna necesidad de ello. Usted mismo podría haberle advertido que se arreglarían las cosas. O..., ¿no? ¿No se lo advirtió usted?

—No tuve tiempo.

Aquello había sido una trampa, pero Cooligan la venteó a tiempo. Hartman trataba de saber si Pam y él se pertenecían hacía mucho o poco tiempo.

—Y no lo tuve porque no creí que ella necesitase protección. No creí que un bicho como Flick fuera a poner sus zarpas sobre ella. Simplemente, no se me ocurrió.

—Y tenía usted razón. Ya le digo que Flick se pasa de rosca, a veces. Por supuesto, sin autorización de nadie. Sólo con la suya.

—En ese caso, ¿qué va usted a hacer?

Hartman alzó los brazos hacia el cielo.

—¿Qué puedo hacer? Advertirle, por supuesto, de que eso no debe volver a ocurrir. Nada más, por el momento, pero supongo que una advertencia amistosa bastará. Estoy seguro de ello.

Cooligan no le quitaba, los ojos de encima.

—Y..., ¿se puede saber quién le advirtió a Flick de que mi chica había ido a la policía?

—Pues...

Los ojos de Hartman se estrecharon.

—Lo ignoro.

—¿Seguro?

—Seguro. Pero quizá su hermano pudiera explicárselo.

—¿Qué diablos quiere decir, Hartman?

—¿No tiene usted un hermano en la policía? ¿No podría haber sido él?

—Mi hermano no tiene tratos con Flik.

—Bueno, eso lo dice usted; pero ¿quién le asegura que no es así?

Cooligan apretó las mandíbulas. La contraofensiva estaba bien montada. Le estaban advirtiendo que quizá su hermano no estuviera tan seguro como podría creerse.

—No, Hartman. Mi hermano es honesto.

—Nadie lo duda, Cooligan, pero... me limito a lo que otros podrían pensar.

—No fue mi hermano. Fue alguna otra persona.

—Bien, no lo sé. Eso es todo lo que puedo decirte, Cooligan.

Hubo un silencio.

—Escuche bien, Hartman. No quiero que nadie vuelva a molestar a mi chica.

—No lo harán, Cooligan, si yo tengo alguna fuerza con Flick Barrows.

—La tiene. No sea modesto. Pero le advertiré algo: si Flick u otro cualquiera vuelve a poner las zarpas en algo que me pertenezca, las cosas se van a poner muy mal para alguien.

—¿Para Flick?

—Tal vez. Y quizá para alguien más alto. No me gustaría tener que tirar de la manta, pero, si me veo en la posición, lo haré.

—Está en su derecho. Sólo le pido que... vigile a su chica. No hace falta que vaya por ahí haciendo advertencias a los policías.

Cooligan se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué hay de la indemnización, Cooligan? ¿No la quier su chica?

Tom se volvió hacia él.

—Por supuesto que sí.

—¿Le bastarían con... mil dólares?

—Tal vez.

—Y tal vez alguien pudiera conseguirle algún empleo mejor.

—Tal vez. Podríamos estudiarlo. Hágame llegar su proposición.

—¿La mía? Oh, no, no llego tan alto. Sólo que puedo hablar con alguien que tal vez pueda ayudarla.

Hágalo.

—Hasta la vista, Cooligan. Y sin rencores, ¿eh?

Cooligan no respondió. Había salido ya del despacho.

CAPÍTULO V

Pam oyó que la llave chocaba contra la cerradura. Un momento después, la cara de Tom apareció ante ella.

—¿Qué ha ocurrido?

Tom se la quedó mirando, con el cigarrillo colgando de los labios.

—¿Alguien intentó venir?

—Nadie.

—Bien, si has desayunado ya, vámonos.

—¿Dónde?

—A mi oficina.

—Pero ¿no puedes decirme qué ha ocurrido?

—Más tarde.

Cogió el teléfono, y marcó un número.

—¿Buck? Tom. ¿Cuándo entras de servicio? Bien, sólo quería decirte que Hartman me ha hablado de ti. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones? ¿No puedes, de veras? En todo caso, sí sales de noche, ve acompañado por Jack. No, no es eso. Ella está bien. Ya te contaré a la noche.

Colgó y se volvió hacia Pam.

—Vamos a ir a mi oficina. Luego, volverás al Pelicano, si es que deseas hacerlo.

—Pero..., ¿puedo...?

—Puedes. Por el momento, no harán nada. Y te ofrecen mil dólares por olvidarte de lo sucedido.

—¿Mil dólares? Pero ¿estás hablando en serio?

—Completamente en serio. Alguien te dará mil dólares. No sé cuándo, pero lo harán..., o, al menos, eso espero.

—No lo entiendo... ¿Por qué?

—No hagas más preguntas.

Salieron. El cerró la puerta y volvieron a subir al «M. G». La

nevada continuaba. Las máquinas limpiaban las calles, pero, al instante, la blanca capa se depositaba de nuevo. Eran copos grandes, enormes, y el frío, intenso.

Llegaron a la oficina de Cooligan. Éste se detuvo ante el conserje.

—¿Alguien preguntó por mí?

—Un hombre. Quería saber si estaba, usted arriba.

—¿Subió?

—Sí. Dijo que le esperaría.

—Está bien.

Sus movimientos parecían más rápidos, más seguros. Habían perdido aquella especie de indolencia.

—Sube conmigo, pero no te acerques demasiado a mí. Déjame los movimientos libres.

Pam sintió que el corazón le brincaba dentro del pecho. Apretó los dientes y entró en el ascensor.

Tom no abrió con ninguna llave. Por el contrario, llamó al timbre largamente.

La puerta se abrió. Un hombre, una especie de gorila, peludo, de cara aplastada abrió.

—Hola, Tom.

—Jack, te presento a Pam. Pam, éste es Jack, mi ayudante. Jack, ¿quién ha venido?

Jack saludó a Pam con un movimiento de su zarpa y luego, con el dedo pulgar, señaló hacia adentro.

—Ahí está.

Tom entró. Sobre el suelo, había un hombre. Estaba arrodillado y se cogía la cabeza con las manos. No los miró siquiera al entrar.

—Tuve que darle un golpe. Bueno, un par de ellos —dijo Jack.

Tom, en dos zancadas, alcanzó al individuo. Se agachó sobre él, y le cogió por las solapas. Lo puso en pie.

El hombre tenía la cara ensangrentada. Uno de sus ojos estaba casi cerrado por un golpe.

—¿Qué hizo? —preguntó Tom. Luego, soltó al otro, que se apoyó contra la pared, como si le faltaran las fuerzas.

—¿Qué? Entró con una ganzúa, pero yo le estaba esperando. Le había oído pararse. Intentó sacar una pistola. Ésa.

Señaló a la mesa, donde había una «Colt» automática de calibre

«45».

—Le di antes de que pudiera utilizarla.

—¿Le has hecho hablar?

—No. Esperaba que tú lo hicieras.

Tom se volvió hacia el otro.

—Bueno, ¿quién, te envió?

El hombre lo miró con un ojo sobresaltado. El otro le tenía tapado.

—Vete al infierno.

—Bueno, pero si tú vas delante. Ahora, muchacho, vas a hablar, quieras o no quieras. Jack, coge los dediles.

Jack metió la mano en su bolsillo, y sacó unas falanges de bronce, que brillaron a la luz. Pam apartó la mirada. Nunca había visto aquello, pero se imaginaba para qué servían.

Jack se las colocó en las manos con ademanes lentos, y se quedó mirando al otro. Éste hizo una mueca.

—Oigan, no me van a pegar con eso... —comenzó.

—Por supuesto que sí. Dale, Jack, hasta que rompa a hablar.

Jack avanzó lentamente. El otro intentó escapar, pero Tom le sujetaba con mano firme.

—No, esperen... ¿Qué quieren saber?

—¿Quién te envió, y para qué?

—Yo..., tenía que verle a usted. Alguien me dijo que tenía que hablar con usted.

—¿Y para eso entraste con una ganzúa?

—No era una ganzúa... —Se calló.

Tom entornó los ojos.

—Jack, regístralo.

—Ya lo hice. No es una ganzúa, en efecto, Tom. Es una llave.

Tom la cogió de encima de la mesa. La miró atentamente y una nueva expresión apareció en sus ojos.

—Esta llave..., ¿de dónde la sacaste?

—Me la dieron.

—Habla ya o le diré a Jack que te pegue hasta que te rompa todos los huesos de la cara. ¡Habla!

—Fue Fallon, el dueño de la taberna de la calle Lancaster.

—Conque Fallon, ¿eh? ¿Cuándo te la dio?

—Esta mañana.

Jack bajó la mano armada con los dediles de bronce.

—¿Le pego, Tom?

—No. Me lo voy a llevar a su amo.

—¿Y yo?

—Tú te vas a quedar aquí con la muchacha. Y vigiláis bien, Jack, porque te va en ello el puesto. ¿Me has entendido?

—Claro, Tom. Me quedo aquí con Pam, y espero a que vuelvas, ¿no?

—Te llamaré por teléfono. No abras a nadie.

—¿Y si viene algún cliente?

—No le abras, hasta estar seguro de que ya lo conoces... bien. ¿Entendido?

—Claro, Tom. Entendido.

—Hasta luego. Pam, quietecita aquí, ¿entiendes?

—¿Y el Pelicano?

—Habrá que esperar.

Abrió la puerta y salió. Llevaba cogido por el cuello al hombre.

Lo arrojó dentro del coche, y se colocó a su lado, ante el volante.

—Muchacho, te la has jugado, si has mentido en algo de lo que me dijiste.

El hombre parecía haberse recuperado algo.

—Oiga, Cooligan, esto podemos arreglarlo...

—Quieto. Y seguro que lo arreglaremos.

Conducía necesariamente con más lentitud que el día anterior. Las calles estaban casi vacías, debido a la intensa nevada.

El pie del hombre se plantó de pronto en el acelerador, sobre el de Cooligan. Éste movió el codo y lo clavó en el estómago del tipo. Hubo un gorgoteo, y la presión sobre el pie cesó.

—Otra bromita como ésta y te parto la cabeza, idiota.

Torció rápidamente por Meredith Place, haciendo rechinar las ruedas traseras. Un momento después embocaba Lancaster.

Se detuvo ante la taberna de Fallon. Estaba cerrada a aquellas horas, No abrirían hasta el mediodía.

Miró a ambos lados de la calle. Ésta, estrecha y corta, iba desde Meredith Place hasta Grant.

No había apenas nadie. Sacó al hombre y lo llevó hasta la puerta.

Llamó al timbre. Durante un buen rato, nadie respondió. Por fin,

la puerta se abrió y una cara apareció en ella.

—No se abre hasta las...

Cooligan le empujó y lo lanzó dentro. Hizo pasar también al otro, y luego cerró tras sí.

—¿Dónde está Fallon?

—No está aquí. Usted está loco...

—Cállese. Le he preguntado dónde está Fallon.

—Y yo le digo que no está.

En ese momento algo duro, muy duro, golpeó a Cooligan por detrás.

Sintió que la cabeza se le inclinaba hacia adelante, y que los sentidos le fallaban. Cayó sobre las rodillas, y un nuevo golpe le hizo perder el conocimiento.

Cuando lo recobró, se encontró en una densa oscuridad. La cabeza le dolía intolerablemente, con latidos que le llegaban hasta la espalda.

Se incorporó lentamente. La cabeza se le iba hacia los lados, y sentía unos deseos incoercibles de vomitar. Se contuvo con un esfuerzo. Se tocó la parte posterior de la cabeza. Un chichón de regular tamaño iba creciendo en ella.

Buscó en sus bolsillos hasta que encontró el encendedor. Hacía un momento que estaba oyendo un ruido en la calle, pero no le prestó atención. La luz iluminó un cuerpo caído en tierra.

Era el hombre que había estado en su oficina, y una simple mirada le demostró que estaba muerto. Le habían pegado un balazo.

Esto le hizo pensar en su propia pistola. Se llevó la mano rápidamente al sobaco, y comprobó que el arma había desaparecido.

Sonrió torcidamente. Ahora estaba localizando el ruido de la calle. Se trataba de la sirena de un coche.

La policía.

Buscó rápidamente a su alrededor.

La taberna era larga, con tabiques que hacían la separación entre los grupos de mesas. La conocía, porque había estado allí varias veces.

Fue hacia el mostrador, pero ya en ese momento el chirrido de frenos en la puerta de la calle, le anunciaba que la policía acababa de parar. Se detuvo y se encogió de hombros. La taberna de Fallon

debía tener una salida trasera, pero o mucho se equivocaba o a estas alturas ya estaría guardada.

Se volvió hacia la puerta.

—¡Abran, en nombre de la ley! —bramó un vozarrón en la calle.

Cooligan apagó el encendedor, caminó hacia el cuadro de luces, cuando ya alguien golpeaba la puerta por el lado de afuera y encendió. La taberna se iluminó violentamente.

La puerta cedió, y un grupo de hombres penetró en ella. Eran policías uniformados, dirigidos por un hombre vestido de paisano.

—¡Quieto! —gritó éste último.

Cooligan no hizo el menor movimiento.

—¿Me ha oído? No se mueva.

—No pienso moverme.

—Muchachos, mirad a ese tipo.

Uno de los policías se inclinó sobre el cuerpo.

—Este hombre está muerto, sargento.

—Me lo suponía. Y aquí tenemos al pajarito que lo ha bajado. Por cierto, que yo conozco esa cara.

—No he sido yo, Magruder.

—Cállate la boca, Cooligan. Esta vez te has pasado de listo.

—No he sido yo, repito.

—Bueno, eso lo vamos a averiguar pronto en la jefatura. Vamos, colócate junto a la pared. Apoya en ella los pulgares.

Había sacado las esposas del bolsillo, pero cuando Cooligan obedeció, no se dio ninguna prisa por ponérselas.

Por el contrario, se colocó a su lado y apoyó su peso sobre el cuerpo de Tomm Cooligan. Éste, sujeto por los pulgares contra el muro, sintió un fuerte dolor que le subía por los brazos.

—Así que matando gente, ¿eh, Cooligan?

—¿Dónde está mi hermano?

—¿Tu hermano? ¿Soy yo su guardián, acaso?

Estaba haciendo fuerza. Cooligan comprendió que, si duraba mucho aquello, los pulgares no le resistirían.

—Apártese, Magruder.

—¿Qué? ¿Me vas a dar órdenes a mí a ahora?

—No, pero le pido que se aparte. Es un consejo, no una orden.

—Bueno, pues ni consejos admito de un bastardo como eres tú.

Pero se apartó y le colocó las esposas.

—Vamos, andando. Metedlo en el coche. ¿Y la pistola?

—Aquí, sargento.

Uno de los policías acababa de sacarla de junto al mostrador.

—Vaya, ¿la reconoces, Cooligan?

—Es la mía, parece.

—Y alguien comprobará que con ella has liquidado a ese pobre diablo. ¿Por qué lo has hecho, Cooligan?

—No lo hice, se lo he dicho. Vamos, lléveme a la jefatura.

—Por cierto que sí. Al teniente Riley le gustará tener contigo unas palabritas, ¿verdad?

—No lo sé.

La cabeza le daba vueltas. Sentía que se iba a desmayar de un momento a otro, pero procuró resistir.

Y así lo metieron en el coche. Un momento después, con gran estruendo de sirenas, rodaban entre la nieve hacia la jefatura de policía.

Riley los recibió en su despacho.

—¿Qué diablo de ruido es todo eso, Magruder? ¿A quién os creéis que vais a asustar?

Magruder le guiñó el ojo a su superior, perceptiblemente.

—Hemos cogido a este tipo junto al cadáver de un pobre diablo en lo de Fallon.

—Ah, ¿sí?

Con ademanes deliberadamente lentos, Riley se volvió hacia Cooligan.

—Vaya, vaya, si es mi viejo amigo Cooligan.

Se acercó hacia él.

—Conque..., ¿has matado a un pobre tipo?

—No. No lo he hecho. Déjeme usar el teléfono.

—¿El teléfono? ¿Y no querrás también mi maquinilla eléctrica de afeitar?

—El teléfono, Riley.

—¡Teniente Riley, para ti!

Y le golpeé en la boca.

Con las manos esposadas, Tom se limpió la sangre de los labios.

—¿Y mi hermano?

—¿Tu hermano? Pero..., ¿es que no te has enterado?

Tom Cooligan apretó la boca. Una nube roja comenzó a

formarse ante sus ojos.

—¿Qué está tratando de darme a entender, Riley?

—¿Qué? Magruder, dile a este tipo lo que le ha ocurrido a su hermano.

—Una desgracia, teniente. Un borracho le atropelló con un coche esta mañana.

La nube roja se había tornado ya en espeso algodón. Tom apretó los dientes hasta hacerse daño.

—Está en el hospital —dijo Riley—. Muy mal, bastante mal. Lo siento, porque era un buen muchacho, Y ahora, vamos a ver eso que me dicen acerca de un asesinato...

—¿Cuándo le atropellaron? —preguntó Tom.

—Pues hará una hora o cosa así. Pero vamos a lo que importa.

—Riley —dijo lentamente Tom Cooligan—. Si mi hermano muere, voy a incendiar la ciudad, con todos vosotros dentro. Por Dios vivo que lo voy a hacer.

Y había tal expresión en sus ojos que, inconscientemente, Riley dio un paso atrás.

—¿Qué has dicho, bastardo?

Pero Tom ya había cerrado la boca de nuevo. Sólo sus ojos parecían vivos en su rostro de piedra.

CAPÍTULO VI

Jack miró la hora en el reloj de su muñeca. En su cara devastada había una mueca de preocupación.

—No ha llamado —dijo.

Pam, sentada ante la ventana que daba a la calle Ripper, se volvió hacia él.

—Debería haberlo hecho, ¿verdad?

—Sí.

Jack fue hacia el teléfono y llamó. Habló durante un momento y luego colgó.

—Me extraña —dijo secamente.

Pam se encontraba cansada, pese a que aquella noche, había dormido bien. Hizo un gesto.

—Yo deberla intentar volver al Pelicano, como me dijo Tom.

—No se moverá de aquí. Ésas son las órdenes que he recibido, y yo cumplo todas las ordenes. Todas. Lo siento, pero no se moverá de aquí.

—Escuche —dijo ella, de pronto—. Yo siempre había creído que las agencias de detectives contaban con bastante personal. Hasta ahora sólo he visto aquí a Tom y a usted. ¿Es que no hay otras personas aquí?

Jack la miró con atención, con sus ojillos porcinos.

—No hacen falta más.

—¿Ni secretarias, ni nada de eso? ¿Y cuándo hay que hacer una investigación, a quién emplean?

—Hay gentes que se alquilan por días.

—Entonces, por lo común, sólo están ustedes dos.

—Sí, se puede decir que sí.

—¿Tienen ustedes mucho trabajo?

—Sí, a veces, sí.

—Pero ahora no, ¿verdad?

—No, no mucho.

Parecía hablar reaciosamente, a desgana.

—Y usted, ¿qué hace? ¿Investiga?

—Sí, eso es, investigo.

—¿Cuánto tiempo lleva la agencia abierta?

—Pues... no lo sé bien.

—¿No lo sabe? ¿No estuvo usted desde el principio de la fundación de la agencia?

—Pues..., no, se puede decir que no.

—No quiere hablar, ¿verdad?

—No tengo ganas.

—Pero está preocupado por su jefe.

—En cierto modo, sí.

Volvió a coger el teléfono. En ese momento, llamaron a la puerta.

Con movimientos precavidos y elásticos, Jack se dirigió, hacia la puerta. Una vez en ella, abrió la mirilla.

Se volvió hacia la joven.

—La policía —dijo entre dientes.

—¿La poli...?

—¡Abran! Abran a la policía.

—Habrán visto luz desde abajo —dijo Jack—. Tendré que abrir. Usted váyase adentro. No salga, si no la llamo.

Lo hizo. Dos agentes uniformados penetraron en la habitación. Los dos se volvieron hacia Jack.

—¿Está solo?

—Sí.

—Bueno, vamos a echar un vistazo.

—¿Por qué?

—Porque nos parece hacerlo así. ¿Qué ocurre con ello?

—¿La orden de registro? ¿Dónde está?

—Hombre, ésta no es un registro. Sólo queremos echar un vistazo, ya se lo hemos dicho.

—¿No hay orden? No hay registro.

—¿Te vas a poner listo, muchacho?

—No soy listo, pero sé lo que pueden hacer. ¿No hay orden? No hay registro. No lo hay, eso es todo.

Los dos agentes se miraron.

—¿Vamos a dejar que ese tipo nos lo impida? —preguntó uno de ellos.

Jack estaba plantado en medio de la habitación, con las piernas abiertas, las manos en las caderas.

—No hay registro.

—Bueno, vámonos. Volveremos con la orden y entonces...

Uno de ellos se había colocado, con movimientos casuales, a un lado de Jack, mientras el otro seguía hablándole.

Luego, de pronto, hizo un movimiento, alargando la mano para coger a Jack.

Éste no se había distraído. Esquivó el brazo y lanzó un golpe con la mano de plano. El policía retrocedió, sujetándose el antebrazo, en el que había recibido el golpe brutal.

Y un instante después, la mano de Jack salió de su sobaco, armada con una «Colt» automática.

—No hay registro. Fuera de aquí.

Los dos policías cambiaron una mirada.

—Bien. Vamos, ya te lo diremos en otra ocasión, cerdo.

—Pues vuelvan entonces, y hablaremos.

—Cuando tu amo salga de la «caponera». O antes.

Y se dirigieron hacia la puerta. Jack hizo una sola pregunta:

—¿Lo tienen ustedes en la comisaría?

—Pues, ¿qué te creías, bastardo? Ya aprenderás que no es saludable pegar a un policía en acto de servicio.

Y cerraron tras sí. Apenas lo habían hecho, cuando ya Jack estaba pegado al teléfono.

—¿Mister Mathias? Han pescado a Tom. No, no sé por qué, pero lo tienen en la comisaría. Habrá que hacer algo, ¿no?

Esperó unos instantes. Luego, bajando la voz, añadió:

—Hay aquí una chica. Bueno, sólo sé eso, pero usted haga algo, ¿no?

Colgó.

—Era el abogado de Tom. El se encargará de todo.

Luego, explicó a Pam:

—Pero ¿por qué lo han detenido?

—Sé tanto como usted... y...

Parecía intranquilo. Miraba a la muchacha, y se apoyaba tan pronto en un pie como sobre el otro.

—Me gustaría saber... Bueno, pero tengo que cuidar de usted.

—Escuche, yo puedo quedarme sola, si le parece bien, y usted puede hacer lo que quiera.

—No. Tom me dijo que no la perdiese de vista ni en momento, y eso es lo que voy a hacer. Mister Mathias se ocupará de todo.

—Lo siento.

Jack no respondió. Estaba comprobando el cargador de su arma.

La cara de Tom mostraba las huellas de los golpes recibidos, pero continuaba tan impasible como antes de ser golpeado.

Frente a él, Riley jadeaba.

—Yo te voy a enseñar, bastardo. Te voy a enseñar, y, además, vas a verte sin licencia para ejercer en esta ciudad, cuando hayamos terminado contigo. Lo vas a ver.

Tom cerró la boca fuertemente. No había dicho ni una sola palabra.

Riley se volvió hacia el sargento.

—Bueno, llévenselo para abajo. Ya continuaremos más tarde. ¿No han vuelto los muchachos que envié a su casa?

Tom fue encerrado en una de las celdas. Media hora más tarde, la puerta se abrió.

—Venga, Cooligan.

Cooligan siguió al agente. Riley estaba en su despacho, hablando con un hombre.

—Hola, Tom —dijo Mathias, mirándole fijamente—. Vas a salir de aquí, o el teniente Riiey tendrá que acusarte formalmente.

—Lo hemos encontrado junto al cadáver de un tipo —dijo Riley, como hombre que repite por tercera vez la misma historia—. Y lo habían matado con su pistola.

—¿Por eso le han golpeado?

—¿Nosotros? Se cayó por la escalera. No golpeamos a nadie.

—Ya lo veo. Bien, ¿presenta la denuncia en firme o qué?

Riley apretó los labios.

—Lléveselo, si quiere. Pero sepa que no lo vamos a perder de vista, y que no puede salir de la ciudad.

—Vamos, Tom.

Salieron ambos. El abogado tenía el coche en la calle.

—Me extraña que te haya soltado tan rápidamente. Podía haberte encerrado, sin más que una acusación formal. Tiene

suficientes pruebas para hacerlo. ¿Lo hiciste?

—No.

Y le explicó rápidamente lo que había ocurrido. Mathias asintió:

—Una trampa. Difícil de probar, desde luego. Pero sigue extrañándome. No tenía ninguna necesidad de soltarte, de no haber querido. Bien, ¿qué vas a hacer?

—Voy a ir al hospital. A mi hermano lo ha atropellado un coche. Un coche que se dio a la fuga.

Dio un fuerte golpe sobre el salpicadero del coche.

—Han intentado asesinarle, Mathias. Eso es lo que han hecho. Se han olido algo, y han querido quitárselo de en medio. Esos bastardos lo han hecho.

—¿A Buck? Dios mío... Pero eso...

—Eso es algo que no van a olvidar, Mathias. Lo verás.

—Escucha, Tom, es inútil. Os lo dije ya antes, y te lo repito ahora. Es completamente inútil. Estáis enfrentados a toda la ciudad.

—Y vamos a seguir enfrentados a ella. Si es necesario, yo solo. Pero lo voy a hacer.

—Como quieras, pero creo que estás loco. Y me vas a volver loco a mí también.

Tom echó una mirada hacia atrás.

—Mathias —dijo en voz baja—. Pégate a la acera.

—¿Qué pasa...?

—¡Pégate a la acera!

El coche que los seguía estaba acercándose cada vez más. La mano izquierda de Tom se aferró al volante.

—Frena ligeramente.

—¡Pero!, ¡Dios, se nos está echando encima!

—¡Frena, he dicho!

Mathias puso el pie en el pedal, y el coche perdió velocidad, al mismo tiempo que el que los seguía aumentaba la suya, y se iba cerrando sobre ellos.

—Espera un poco. —No pierdas la calma.

Mathias no la había perdido, pero estaba pálido. El suelo resbaladizo le hizo patinar ligeramente.

Tom lanzó una ojeada por la ventanilla. La acera estaba vacía en ese momento. Luego, con todas sus fuerzas, puso el pie en el acelerador.

El coche saltó y se subió a la acera, en el mismo instante en que el perseguidor se precipitaba sobre ellos. Un golpe de volante, y el coche del abogado enderezó, pero cuando el otro les había pasado ya como una exhalación. Sólo la habilidad de Tom los había salvado del brutal encontronazo.

—¡Déjame el sitio!

El abogado pasó por debajo de él, y Tom se hizo con el coche. El otro, patinando, estaba intentando dar la vuelta. Tom apretó el acelerador, y su coche, como un rayo, pasó junto al agresor. Cuando estaban a su altura, Tom giró el volante, y sus ruedas traseras empujaron al vehículo que intentó arrollarles en el momento en que estaba cruzando en medio de la calle.

Lo hizo girar violentamente, y lo tiró al otro lado de la calzada, en el instante en que un autobús de pasajeros pasaba el disco.

Se oyó un atroz chirrido de frenos, y el autobús golpeó ligeramente al coche perseguidor. Tom estaba ya fuera de su vehículo, y corría hacia el asaltante.

Por la portezuela de éste asomaron las caras de dos individuos. Uno de ellos ponía el pie en la calle, cuando Tom les alcanzó.

Cerró la portezuela violentamente, cogiendo la pierna del malhechor. Éste aulló desesperadamente, con la pierna rota.

Tom se hizo a un lado, cuando el segundo que intentaba salir empujó la otra puertecilla. Llevaba una pistola en la mano.

Dio la vuelta al coche, y se encontró con Tom.

Éste no dijo una sola palabra. Los dos hombres iban de paisano, así que él no podía saber si eran policías o no. Pero tenía fundadas sospechas de que no.

Así que actuó con decisión y rapidez. Un golpe al brazo hizo caer la pistola. Luego, al hígado, y a la cara. Se agachó, recogió la pistola y se irguió, mientras el otro caía al suelo, boqueando.

El conductor del autobús se había bajado, y algunos pasajeros le imitaban ya.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó el conductor—. ¿Dónde diablos hay un policía? Nunca se les encuentra cuando se les necesita. Eh, usted...

Tom no le hacía caso. Había vuelto a subir en el automóvil del abogado, que había contemplado la escena con los ojos sobresaltados, y ponía el coche en marcha. Un momento después,

partió como un rayo por la asfaltada y brillante calzada.

—Pero..., ¿qué les ocurría? ¿Qué querían esos locos?

—Matarnos, Mathias. Matarnos, simplemente. Eso es lo que querían, y lo que han estado a punto de conseguir.

Dio una vuelta al volante, y entró por la calle de la derecha. Un poco más allá estaba el hospital presbiteriano.

Había oído decir a uno de los policías que aquél era el lugar al que habían llevado a su hermano.

Detuvo el coche pasado el punto de «no aparcar», y se volvió al abogado.

—Vete a casa, Mat, Yo arreglaré esto.

—Pero me gustaría ver a Buck...

—Más vale que vayas a casa. Va en serio, Mat.

—Está bien. Pero si necesitas algo...

—Te avisaré, no lo dudes. Vamos, vete.

El coche arrancó.

Tom ascendió rápidamente los escalones. Una enfermera le atendió en recepción.

—Lo siento, pero no puede verle —contestó a la pregunta de Tom.

—Pero..., ¿cómo está? Eso, al menos, podrá decírmelo.

—Puede hablar con el doctor, si quiere.

La enfermera llamó por teléfono.

El médico era joven, y llevaba una bata de mangas cortas.

—¿Su hermano? Bien, ¿qué quiere saber?

—¿Cómo está? ¿Qué es lo que le ha ocurrido?

—Tiene una intensa conmoción cerebral, y varias costillas rotas.

—¿Grave? Me refiero a la conmoción.

—No lo sabremos hasta que recobre el conocimiento. Pero, al parecer, no es demasiado grave.

Quedaba una pregunta, la más importante:

—¿Vivirá?

—Por supuesto que sí, de no ocurrir alguna complicación de última hora.

—¿Podría verlo?

—No. Lo tenemos bajo la tienda de oxígeno, por si hubiera presión sobre los centros respiratorios.

Tom respiró profundamente.

—Doctor, ¿alguien puede entrar en su habitación?

—Nadie, excepto el personal nuestro. ¿Por qué?

—Porque... han intentado asesinarle. Doctor, si alguien trata de entrar no se lo permitan, o se harán ustedes cómplices de un asesinato. Eso es todo.

—Espere, Cooligan. ¿Qué diablos quiere decir con eso?

—Han intentado asesinarle. Y pueden volver a intentarlo. Quiero que lo sepa, para que no deje entrar a nadie en su cuarto.

—No entrará nadie. No tiene por qué decirme...

—Téngalo en cuenta. Eso es todo. Llamaré cada hora para saber cómo va.

Dio la vuelta. Estaba a punto de descomponerse, porque había pasado mucho miedo, pero logró llegar a la calle. Allí aspiró el aire profundamente, y buscó un taxi con la vista.

En el bolsillo llevaba la pistola que había arrebatado a los que intentaron asaltarlos con el coche. Su peso le hacía sentirse mejor.

Un taxi se aproximaba. Le hizo señas, y le dio la dirección.

Abrió la puerta de su oficina con el llavín, y Jack se lanzó hacia él.

—¿Te han soltado ya?

—No estaría aquí, si no fuera así. Hola, Pam.

Le dio un golpe a la muchacha en el hombro, y se dirigió rectamente a su mesa. Sacó la botella y bebió un largo trago.

Luego, se volvió hacia los otros dos.

—Jack, intentaron asesinarme dos veces. Y han dejado en el hospital a Buck.

Se lo explicó rápidamente. La cara de Jack se iba ensombreciendo.

—Esos malditos bastardos, bastardos del infierno... Ya es hora de hacer algo, Tom.

—Sí.

—Ahora, antes de que...

—Sí, Jack. ¡Pam!

—¿Sí?

—Vamos a ir al Pelicano.

—¿Ahora?

—Ahora mismo. Vamos a empezar por allí. Jack, iremos los tres.

—Así me gusta, Tom.

—Los tres, y que Dios se apiade del que esta noche se me ponga delante.

—Ha estado haciendo muchas preguntas, Tom. La chica no parece tonta.

Tom estuvo mirando a Pam durante casi dos minutos. Era una mirada intensa.

—Me han tenido pegado a la pared por los pulgares, Me han aporreado con gomas y tubos de plomo recubiertos de cuero. Me han pateado. Todo eso me lo van a pagar. Pero antes..., antes, escucha.

Y comenzó a hablar. Cuando acabó, la muchacha estaba aún más asustada que antes, pero decidida.

Decidida a continuar con Cooligan. En todo. Hasta el final.

CAPÍTULO VII

El Pelicano no era de primera categoría, pero el público tampoco demasiado malo. Empleados, casi todos ellos que bailaban en parejas por la tarde y que acudían solos por la noche. Había poca gente aún, cuando ellos dos entraron. El gerente, Watkins, se acercó a la muchacha.

—¿Qué le ocurrió anoche? ¿Por qué no avisó? Si sigue haciendo esto, tendré que buscarle una sustituta.

Tom dio un paso hacia adelante.

—¿Ha venido alguien a hablarle a propósito de *miss* Clooney?

—No entiendo. ¿Alguien...?

Mentía. Sus ojos se habían apartado.

—Vamos, conteste. ¿Vino alguien a hablarle acerca de *miss* Clooney? ¿A decirle, por ejemplo, que quizá sus papeles no estuvieran en regla, o algo por el estilo?

—Pues... No... nadie...

—¿Quién fue?

El hombre pareció haberse sentado, de pronto, sobre carbones encendidos.

—Pues... Sí, estuvo aquí un policía...

—¿Qué le dijo?

—Pues... que quizá tuviera que prescindir de *miss* Clooney. Y como anoche faltó, yo...

—¿Qué ocurre? ¿Le buscó una sustituta?

—Mire, yo dirijo mi negocio, y no puedo...

—Después del policía, ¿nadie vino a verle acerca de *miss* Clooney?

Las preguntas de Tom eran rápidas, concisas, cortantes.

—Nadie, No, nadie. Pero, oiga, ¿quién es usted para...?

—Deje eso ahora. ¿Nadie, entonces?

—Nadie, le digo.

—Bueno, ¿la despide?

—Yo no he dicho eso, sólo que... No puedo permitir que falte sin avisar siquiera si es que está enferma. Yo dirijo mi negocio, y sé la manera de hacerlo.

—¿Paga protección?

—¿Yo? ¿Por quién me toma?

Mentía de nuevo.

—Así que no la paga. Bueno, ¿la admite? ¿Puede trabajar hoy?

—Pues..., hoy no, ya que..., contraté ayer a una chica...

—¿Y mañana?

—Pues... no lo sé. Pero, oiga, ¿quién es usted? No admito...

—Cállese. ¿Mañana?

—No lo sé. No tengo ni la menor idea de lo que...

Tom se volvió hacia su compañero:

—Jack, llévalo dentro.

Jack cogió al otro por los hombros, le hizo dar media vuelta y lo arrastró hacia el interior, hacia una puerta que daba paso al despacho del propietario. Los otros dos les siguieron.

Tom cerró la puerta.

—¿No ha venido nadie de parte de Hartman?

—No, yo...

—Jack, los nudillos.

Estaba ya colocándose las falanges de bronce. Watkins se apartó, sudando de terror.

—¿Qué... piensan hacerme...?

—Hacer que hable, eso es todo. ¿No vino nadie?

—Sí, este...

Jack le puso las manos armadas junto a la cara.

—Vamos, habla.

—Está bien. ¡Está bien! Sí, vinieron, y me dijeron que esa chica no debía volver a trabajar aquí. Que si la dejaba trabajar de nuevo...

—¿Quién vino?

—Dos hombres.

—Está bien. ¿No los conocía?

—Yo..., los había visto un par de veces, pero ignoro sus nombres.

—Escuche esto: *Miss Clooney* va a actuar esta noche. Y nosotros

estaremos aquí. Si alguien intenta algo, nosotros le cubriremos a usted. ¿Entendido?

—Yo...

—Sí, ha entendido.

Se volvió hacia Pam:

—¿A qué hora empiezas?

—A las nueve y media.

—No falta mucho para esa hora.

Se acercó al teléfono y llamó al hospital. Habló brevemente, y luego colgó.

—Buck sigue igual.

Luego, volvió a llamar. Habló con alguien cuyo nombre no mencionó, y en voz tan baja que los demás no pudieron oír lo que decía. Luego, colgó nuevamente.

—Prepárate, Pam.

El número de Pam era sencillo. Enfundada en una malla de color rojo, que la cubría desde el cuello hasta las piernas, cantaba, sin moverse demasiado. Pero el color rojo, unido al rubio de sus cabellos y a su blanca carita, componían algo sumamente agradable. Tom, apoyado junto al mostrador, sintió que la sangre corría pesadamente por sus venas. La sala estaba casi llena, cuando Jack le golpeó con el codo en el costado. Pam acababa de retirarse.

—Mira eso —dijo Jack.

—Los he visto.

Habían entrado antes de que Pam se retirase, en la última estrofa de la canción. Eran dos, y llevaban trincheras y sombreros con el ala calada. Ninguno de ellos había pasado por el vestuario. La muchacha vendedora de cigarrillos, que se les había acercado, fue rechazada con la mano.

Luego, los dos se dirigieron hacia el fondo. Había poca luz, y ninguno de ellos pareció advertir la presencia de Tom y de Jack.

—Vamos —dijo el primero.

Los dos hombres habían llegado a la cortina que separaba el escenario del pasillo que conducía a los camerinos.

Y en el momento en que Tom y Jack la cruzaban a su vez, los dos estaban ante la puerta del vestuario de Pam, marcada con una estrella plateada.

Los dos se volvieron. Y los cuatro se miraron.

—¿Sí? —preguntó Tom suavemente.

—¿Qué diablos quiere usted?

—Y ustedes, ¿qué diablos quieren hacer ahí?

Los dos hombres se habían separado ligeramente. Sus caras estaban endurecidas, bajo las alas de los sombreros.

—Lárguense, amigos. Lo que queremos podemos hacerlo sin ayuda de nadie.

Tom dio un paso hacia adelante.

—¿Sí?

La puerta se había abierto. La cara de Pam apareció en el umbral.

—¿Qué...?

—Métete adentro otra vez. Adentro.

—Oh, no. La chica va a venir con nosotros.

Las manos de Jack relucieron en la escasa luz del corredor.

Y los dos hombres se dieron cuenta de ello. Durante un instante parecieron hipnotizados por el brillo metálico, en los dedos de Jack.

—¿Quién os envía? ¿Hartman? —preguntó Tom.

—A nosotros no nos envía nadie.

—En ese caso, pregunto: ¿Para qué queréis a la chica?

—Tiene que venir con nosotros.

—Pam, cierra la puerta.

Uno de los dos hombres intentó meter el pie entre el quicio y la hoja. Mientras, el otro llevaba la mano al sobaco.

Jack no esperó. Cargó con sus doscientas libras de peso, como una locomotora. Su primer golpe lanzó al otro contra la pared, con la cara ensangrentada. Luego, en tan rápida sucesión, que sus movimientos apenas resultaban perceptibles, le machacó el costado.

El primero, con el pie cogido, se volvió a medias solo para recibir el peso de Tom. Éste lo enganchó por los hombros, y le hizo dar media vuelta. Con el pie sujeto, el hombre lanzó un aullido escalofriante. Luego, cayó a tierra, cogiéndose la pierna con las manos. El miembro estaba roto.

Jack y Tom se alzaron. Ambos tenían ya sus armas en la mano.

—Bueno —dijo Cooligan—. ¿Dónde queréis ahora que vayamos?

Los dos hombres no respondieron. Simplemente, no podían. Uno de ellos sangraba por todo el rostro. El otro gemía y maldecía alternativamente.

—¿No queríais llevaros a la chica a alguna parte?

Pam había abierto de nuevo la puerta. Estaba acostumbrándose rápidamente a la violencia en la que se veía sumergida desde hacía unos días.

Tom cogió a ambos hombres, y los metió en el camerino, muy pequeño para contenerlos a todos. Los tiró al suelo.

El gerente del Pelicano había aparecido en el corredor. Su cara se puso cenicienta, al ver lo que había ocurrido.

—¡Por el amor de Dios!

—¿Cuándo los llamó? —preguntó Tom sombríamente, volviéndose hacia él—. ¿Cuándo lo hizo, maldito bastardo?

—Yo, no...

Tom le abofeteó con fuerza y malignidad, lanzándolo contra La pared.

—¿Te gustaría que te ocurriese lo que a ellos, eh, cerdo? Jack, dale fuerte.

—¡No! ¡Esperen! Yo... tenían que hacerlo. Me habían amenazado con quemarme el local. Yo..., usted comprende...

—¿Y si te lo quemamos nosotros?

—Yo..., no, por favor... Tengo mujer e hijos...

—¿A quién avisaste?

—No fue exactamente que avisara, sino que alguien me dijo que si miss Clooney venía, telefoneara a un número. Es WT. 2.0.2.

Tom tomó una rápida nota.

—Supongo que tan pronto como nos marchemos volverás a avisarlos, ¿verdad?

—Yo...

—Hazlo. Pero di algo más: Di que Hartman se está jugando la cabeza.

—Se volvió a la muchacha.

—Vístete. Vamos, aprisa. No te preocupes de que estemos aquí. No quiero dejarte sola.

No tardó Pam en terminar de vestirse, aprovechando un pequeño biombo por encima del cual se veían sus hombros desnudos. Salió al cabo de un momento.

Abandonaron el Pelicano. Los tres se apretujaron en el «M.G».

—¿Y ahora? —preguntó Jack.

—Tú vas a ir al hospital. No te moverás de la puerta de mi

hermano, aunque intenten que lo hagas.

—Conforme.

—Emplea los puños, si es necesario. Ten en cuenta que quizá llamen a la policía.

—No me moveré.

—Vamos.

Dejaron a Jack en el hospital. Tom habló un momento con el médico, y éste, después de un instante de vacilación, asintió.

Luego, entraron de nuevo en el coche. Su próxima parada fue para recoger a Mathias. Los tres se dirigieron hacia un inmenso edificio de fachada de mármol, en Sherwood Terrace.

—¿Qué es esto? —preguntó Pam.

—Pronto lo sabrás.

Un ujier, con cordones en el pecho, los recibió.

—Les están esperando —dijo.

Atravesaron una serie de corredores vacíos, y, por fin, llegaron hasta un despacho, en la puerta del cual había una placa dorada. Otro ujier guardaba la puerta. La abrió y penetraron en un despacho inmenso, al fondo del cual había una mesa, ante la cual estaban sentados dos hombres. Otro, alto, de pelo gris, detrás.

—Pase, Cooligan —dijo el hombre del pelo gris.

Y Pam comprendió que estaba ante el alcalde de la ciudad.

El hombre se puso en pie, y tendió una mano a Cooligan.

—Bien, Cooligan, He oído algunas cosas sobre usted, hoy.

—Oirá más, antes de que termine la noche, míster Winch. La cosa se ha puesto al rojo.

—¿Quién es la señorita?

—*Miss* Pamela Clooney.

—Recuerdo que se me habló de ella. Bien, *miss* Clooney, a demostrado usted tener mucho valor. Se lo agradezco.

—Gracias, señor.

—Supongo que mister Cooligan le habrá puesto al corriente, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Sólo en parte, mister Winch.

—Bien..., en ese caso, ya sabrá que mister Cooligan obra cumpliendo mis órdenes. Ninguno de mis empleados podría hacer lo que él hace. No tienen fuerza legal para ello. Pero míster

Cooligan, sí. Le habrá dicho que sólo esperábamos que alguien tuviera la suficiente valentía como para presentar una denuncia de los manejos de Hartman. El cual, por otra parte, aspira a la alcaldía, o al menos, a un puesto en el Concejo.

Pam escuchaba con los ojos entornados.

—Y ese alguien ha sido usted. La felicito. Por supuesto, nosotros procuraremos, que no le ocurra nada. Cooligan, ¿qué hay de Riley? ¿Es el causante de que su cara esté en ese estado?

Cooligan sonrió.

—Sí.

—¿Qué piensa hacer?

—He puesto a mi ayudante junto a la puerta de la sala donde se encuentra mi hermano.

El alcalde se volvió hacia uno de los dos hombres que estaban frente a él.

—Folson, ¿tiene usted algún hombre de su completa confianza para que vigile el hospital?

—Dos, señor.

—Encárgueselo.

—Sí, señor.

Folson salió.

—Brass ha hablado ya con el capitán Stevens. Está dispuesto a hacerse cargo temporalmente de la jefatura de la policía. Pero, para ello, Cooligan, necesitamos que Riley se pesque él sólo las manos.

—No lo hará, señor Winch.

—Hay que procurar que se las coja, sea como sea. Su hermano tendrá el cargo de inspector. Se lo aseguro.

—Si sale bien de esto —dijo Tom, con los labios apretados.

—Saldrá, saldrá, no lo dude. Pero... ha corrido sangre.

—Lo sé, señor, y no será la última que corra esta noche.

—Procure evitarlo... en lo posible.

—Lo siento. No puedo. Ya no es posible. Ya, no.

El alcalde le miró atentamente.

—¿No?

—No.

Y había tal violencia en su voz, que Pamela se sobresaltó.

—Yo..., bueno, Cooligan, al menos, lleve cuidado. Ya sabe que no podemos respaldarlo... aún.

—Lo sé. No he pedido ayuda.

—Sí, sí, ya lo sé. Bien, Cooligan, creo... que eso es todo por el momento. Brass, Folson y yo seguiremos preparando el plan.

Cooligan cogió a Pam del brazo, y se dirigió hacia la puerta.

—Espere, Cooligan, ¿no sería tal vez más oportuno que *miss* Clooney se quedara aquí? Su vida puede correr peligro y...

—Deseo estar con mister Cooligan —dijo ella.

—¿Lo desea? Bien, bien, como quiera, pero recuerde que, en último caso, siempre puede venir aquí, a cualquier hora del día o de la noche, si su vida se encuentra amenazada.

—Gracias, señor.

Estaban ya fuera, cuando Pam se volvió hacia Tom:

—Lo que no entiendo...

—Luego.

Subieron al coche. Pero antes de ponerlo en marcha. Tom se volvió hacia ella.

—Pam, esta noche te he visto..., bueno, ya lo sabes...

Ella le puso la mano en la boca.

—No hables.

—Quiero hablar. O mejor...

La atrajo hacia sí, pasando un brazo por encima de su hombro.

Sus labios se unieron con furia casi salvaje. Ella devolvió el apretón hasta que los brazos le dolieron. Por fin, Tom la soltó.

—No hemos comido nada. Sé de un sitio en donde podremos hacerlo a solas y... sin peligro alguno.

—Pues..., ¿a qué esperamos?

Puso en marcha el coche, después de besarla de nuevo.

El lugar era Lincoln Inn, junto a las orillas del río. Todo el campo se hallaba cubierto de nieve, pero dentro de la posada se estaba caliente y bien. Tom Cooligan eligió un reservado, y se sentaron ante sendos solomillos de ternera y una sopa de «minestrone».

La muchacha se dio cuenta de que tenía mucha hambre. Mientras comía, notó sobre sí la mirada de su compañero.

—Nunca pensé que fueras una especie de... delegado del alcalde —dijo.

—En cierto modo, lo soy. No del alcalde, sino del gobernador. La corrupción de la ciudad había llegado ya a extremos que...,

bueno tú misma lo has visto.

Hizo una pausa.

—Pero luchar contra ellos desde el punto de vista legal resultaba muy difícil, por no decir imposible. Los cargos han sido dados por elección, y así, es preciso adoptar medidas drásticas.

—Y..., ¿qué vas a hacer ahora?

—Hacer saltar a Riley.

—¿Cómo?

El dejó de masticar. La mirada que posó sobre Pam era tan fría, que la muchacha se estremeció.

—Si es necesario, acabando con él.

—Pero..., ¿cómo?

—Lo vas a saber enseguida. Termina de comer.

Les sirvieron el café en la misma mesa. Mientras lo tomaban, Tom Cooligan dijo:

—Riley está protegido por todos aquellos que saben que saldrían de la fuerza, si él saltase. Ante la amenaza de quedarse sin empleo, lucharán como gatos. Pero hay una manera de alcanzarlos: ir derechos a la cabeza.

—¿Quieres decir a... ése...?, ¿cómo se llama?

—A Hartman, sí.

Terminó el café.

—Vas a volver a mi casa, y te quedarás encerrada en ella.

—¿No podría ir contigo?

Tom se inclinó hacia ella, y se apoderó de una de sus manos.

—No, por supuesto que no. Lo que voy a hacer es peligroso. Hartman es duro, y tiene mucha fuerza. No, no puede ser.

Tiró de su mano: La cara de la muchacha se fue acercando a la suya.

—Y no quiero que te ocurra nada, ¿comprendes? No lo quiero, ahora.

Pam bajó los ojos, para volver a alzarlos una fracción de segundo después.

—Tampoco yo quiero que te ocurra nada —murmuró suavemente.

—¿Lo sentirías?

—Sí.

Un nuevo tirón a su mano. Las bocas estaban ya muy juntas.

—Por favor —dijo ella.

—Por favor, ¿qué?

—¿Aquí?

—Aquí.

Sus labios se unieron. Fue un beso largo, que pareció durar una eternidad. Cuando se separaron, Pam estaba casi sin aliento.

—Lo creas o no, es la primera vez que me besan así.

—Lo creo.

Y había sinceridad en su tono.

CAPÍTULO VIII

En la puerta de la casa volvió a besarla. Los brazos de Pam se estrecharon en torno a su cuello.

—Ignoro si volveré esta noche, pero no abras a nadie.

Hay un cerrojo de seguridad, para quitar el cual tendrían que echar la puerta abajo. No lo descorras.

—No lo haré, pero si tú quieres entrar...

—No voy a intentar entrar en toda la noche. Puedes estar segura de ello. Y ahora..., adiós.

La miró a los ojos fijamente.

—Volveré —dijo.

—Eso espero.

—Nada me lo va a impedir. No lo dudes.

Dio media vuelta, y comenzó a bajar la escalera. Oyó tras sí cerrarse la puerta de su propia casa.

Entró en el «M.G.», y lo puso en marcha. Durante unos instantes permaneció ante el volante, con las manos puestas en el mismo hasta que súbitamente arrancó.

La nieve había cesado hacía rato, pero las calles, sobre todo las secundarias, permanecían blancas. De todas formas, no tardaría en volver a nevar.

El campo de coches de ocasión estaba cerrado. Estacionó frente a la puerta y tocó el claxon.

Al cabo de un momento, alguien se movió al otro lado de la verja.

—¿Qué quiere? ¿No ve que ya está cerrado?

—Quiero ver a Hartman.

—Mister Hartman hace mucho rato que se marchó.

—Abra esa puerta.

—No pienso hacerlo, así Dios le confunda, borracho.

La figura estaba al otro lado de la verja. Tom Cooligan se apeó y

caminó hasta los hierros que lo separaban del interior.

—¿Dónde está Hartman?

—A usted, maldito que le importa. Lárguese si no quiere que...

Tom alargó la mano, la metió entre los hierros y cogió al hombre por el cuello. Un gemido ahogado terminó en un gorgoteo.

Tom le aplastó contra la verja. Con la mano derecha lo sujetó, mientras con la izquierda le sacaba las llaves del cinturón.

Luego, golpeó la cabeza del hombre contra los hierros. El tipo cayó al suelo, sin conocimiento.

A la luz de los faros, Tom Cooligan eligió las llaves que abrían la puerta, y entró.

Había una caseta para el guardia, a la derecha. Luego, el camino entre los cientos de automóviles, tapados con cobertizos desmontables, y, por último, la gran jaula de cristal, oscura en estos momentos.

Tom Cooligan caminaba despacio, con la mano en la pistola, en el sobaco. La puerta de las oficinas, también de cristal, no le ofreció dificultad alguna.

Atravesó las oficinas, sin encender las luces. Nada. Cuando las abandonó y caminó de nuevo entre los automóviles, el guardián se había despertado y, sentado en el suelo, se tocaba la cabeza.

—Tenga sus llaves.

—Esto le va a costar caro, amigo.

Tom le puso de pie, cogiéndolo por las solapas. Era un hombre de cierta edad, y, aunque parecía fuerte, el golpe que recibiera lo había dejado aturdido.

—¿Dónde está Hartman?

El otro no respondió. Tom alzó el brazo.

—No, espere. No sé dónde estará ahora. No lo sé, palabra.

—¿Dónde vive?

El otro lanzó una mirada temerosa a su alrededor.

—En Sylvestre. Pero escuche, si no dice que he sido yo...

—¿Qué?

—No, nada, que si puede evitarlo, no diga que he sido yo quien le informó.

Para Tom era evidente que se estaba guardando algo. Levantó de nuevo la mano.

—Hable. Rápido, hable, vamos.

—Esta noche..., me juego la pelleja al decirle esto.

—Hable he dicho. Lo cubriré, si puedo hacerlo.

—Esta noche le oí llamar por teléfono. Estaba... estaba diciéndole a alguien que iba a haber reunión.

—¿Dónde?

—Aquí. Pero si dice algo, me juego la pelleja. Estoy colaborando, maldición.

—¿Aquí? ¿A qué hora?

—Oí que a las doce. Y estaba diciendo que reuniese a los demás. Tom Cooligan lanzó una ojeada a su reloj. Eran las diez y media.

—¿Dónde está el teléfono?

—Tengo uno en mi caseta.

—Venga conmigo.

Entraron en la caseta. Tom descolgó el teléfono, y llamó al hospital. Un momento después, oyó la voz de Jack:

—Tom, un individuo intentó ver a su hermano. Dos, mejor dicho, pero no los dejaron pasar de recepción. Tan pronto me enteré, bajé para echarles una ojeada, pero se habían marchado ya. ¿Continúo aquí?

—Más que nunca, Jack. ¿Eran paisanos?

—Sí, al parecer.

—¿No ha ido ningún policía a ver al muchacho?

—Han llamado varios por teléfono, pero no han querido dar sus nombres.

—Es comprensible. Riley todavía anda muy suelto, pero me parece que se le va a acabar la cuerda.

Había bajado la voz para decir aquellas últimas frases. El vigilante estaba al otro lado de la puerta. Lo veía desde su lugar en el teléfono. El hombre no se había movido, aun cuando miraba frecuentemente hacia el exterior.

—Sigue ahí. Y... Jack, a todo el que pregunte por teléfono, dile que el chico está mejor y que hablará pronto.

—Conforme, Tom, pero, si te metes en algún lío, da algún buen golpe de mi parte, ¿quieres?

Tom permaneció pensativo durante un rato. Tanto, que Jack preguntó si aun estaba al aparato y si ocurría algo.

—Nada, Jack. Continúa en tu puesto.

Colgó. Luego, tras una pausa, marcó un nuevo número. Una voz

impersonal le anuncio que comunicaba con la jefatura de policía. Pidió hablar con Riley, y un instante después el vozarrón del teniente llegó hasta él.

—¿Quién? Riley al habla.

—Riley, soy Cooligan.

—¿Usted, bastardo? ¿Otra vez?

—Riley, me han llamado eso muchas veces, y la única que no me ha ofendido es cuando usted lo hace.

—¿Para eso me llama, bastardo? Me hace perder mi tiempo. Ya nos encontraremos en otra ocasión, y usted se va a arrepentir de hacer nacido, ya lo verá.

—Estoy deseándolo, Riley. Estoy deseando ser yo quien le ponga a usted las manos encima.

El rugido de Riley casi lo volvió sordo.

—Eso quisiera, ¿eh? Espere un poco y verá. Mis hombres no lo van a soltar cuando yo les de la orden.

—Riley, ¿por qué no viene a buscarme? Usted ha enviado dos de sus gorilas a buscar a mi hermano para rematarlo, ¿no?

—¡Pruébalo!

—Lo probaré cuando mi hermano hable, y no tardará en hacerlo. Los médicos me han dado permiso para interrogarlo. Entonces sabremos quién era el asesino que le echó el coche encima.

Hubo un ligero silencio. Muy corto.

—¿Me está acusando de haber querido matar a su hermano? ¿A mi propio sargento?

—Sí, Riley, lo estoy acusando. Lo llamo desde el hospital, donde le voy a interrogar ante un abogado. Pero no Martin, sino otro que he traído de fuera. Alguien, de cuyo juramento no puedan dudar los jueces.

—¿Está usted ahí?

Esta vez el silencio fue más largo.

—Estoy aquí, sí. En el hospital.

—¡Pues interróguelo cuanto quiera! Sólo podrá decir que...

Tomn colgó, inmediatamente, volvió a marcar el número del hospital. Tan pronta como Jack se puso al teléfono, Tom habló rápidamente. Tan rápidamente, que sus palabras parecieron superponerse unas a otras.

—Jack, espérame a la puerta del hospital. Estoy ahí en tres minutos.

—¿Vienes? ¿Y qué hago yo?

—Esperar solo. Pero no te hagas demasiado visible. Colgó e hizo una nueva llamada. No le llevó más de treinta segundos.

Salió, y cogió al hombre por el brazo.

—Vamos.

—¿Yo también?

—Usted. Vamos.

Lo metió en el «M.G.» y puso en marcha el coche. Las calles vacías le sirvieron de pista de carreras. El coche patinaba como un demonio, y el vigilante, aterrado, se agarraba al sujetadero, con el semblante lívido.

Llegaron al hospital. Frenó bruscamente. Aún no se veía coche alguno cerca.

Jack se puso a su lado.

—¿Qué hay, Tomm...?

—Llévate a este tipo, cambia de ropa con él, y vuelve.

—¿Y qué hago con él después?

—Lo que quieras, pero que no nos estorbe. No quiero verlo de nuevo cerca. Escuche, no le ocurrirá nada, si no se resiste.

—No pienso resistirme —respondió el hombre—. No tengo ganas de que sepan que...

No pudo terminar. Jack estaba obedeciendo ya. Un momento después, volvía de la calleja trasera del hospital, cubierto con el capote semimilitar del vigilante y con su gorra de visera.

—Coge el coche y vete al comercio de coches usados de Hartman. Procura bajar la luz, porque allí se van a reunir. Que no te reconozcan. Y tan pronto como estén todos, cierras la puerta. Que tío salga nadie. Nadie, Jack.

—Comprendido, Tom.

—Pero no hagas nada hasta que yo llegue.

—Conforme.

Y el automóvil comenzó a rodar sobre la nieve.

Tom Cooligan lanzó una mirada a su alrededor. La nieve mantenía las calles solitarias. El portero del hospital descansaba en su garita, y no parecía haber advertido nada de lo que había ocurrido casi ante sus ojos.

Aún no se veía a nadie. Tom penetró en el hospital. El recepcionista nocturno le salió al paso.

—Soy el hermano del sargento Cooligan.

—Sí, pero va a esperar hasta que llegue el doctor.

Éste apareció enseguida. Era el mismo con el que había hablado anteriormente.

—Está bien. Pase.

—Doctor, espero una visita.

—¿Sí?

—Sí, El jefe de policía.

—A él tendré que dejarle pasar, Cooligan.

—Esto es precisamente lo que quería decirle. Que le deje pasar, pero no le diga que soy yo quien está aquí. Y espero a alguien más también. Éste... Aquí está.

Folson, el ayudante del alcalde, acababa de atravesar la puerta giratoria. Se dirigió rectamente al médico, y le enseñó su carnet. El médico asintió.

—Comprendo —dijo—. ¿Qué hago cuando llegue...?

—No le diga que estamos aquí. Déjelo subir, simplemente.

Y Folson y Cooligan llegaron a la escalera. La habitación del sargento Cooligan estaba en el primer piso. Una enfermera montaba la guardia ante la puerta.

Cooligan entró en el cuarto. Su hermano, con la cabeza vendada, descansaba tranquilamente. Su respiración era normal.

Tom volvió a salir. Folson le esperaba.

—Acabo de oír el ruido de un automóvil que llegaba —dijo en un susurro.

El corredor estaba brillantemente iluminado. Folson y Tom caminaron hasta la embocadura de la escalera, en el momento en que el teniente Riley y dos de sus hombres comenzaban a ascenderla. Los dos grupos se inmovilizaron.

—¿De visita, Riley? —preguntó Tom, suavemente.

Los ojos del teniente fueron de uno a otro. Folson, con las manos metidas en los bolsillos, se mantenía aparte.

—¿Usted, mister Folson?

—Sí, yo. ¿Le importa? Quiero saber lo que viene a hacer aquí.

—Yo..., este tipo me ha dicho que iban a interrogar a mi sargento, y quiero estar presente. Eso es todo.

—¿Por qué? ¿Acaso no saben ustedes todo lo referente al... accidente? Tengo entendido que usted ha presentado un informe sobre ello.

—Bien, sí, pero si este tipo...

—Este tipo no iba a interrogarle. Era yo. Pero no lo haré aún.

—Bueno, en ese caso...

—Riley...

Era Tom quién había tomado ahora la palabra.

—¿Sí? Usted y yo hablaremos más tarde.

—¿Por qué no ahora, Riley?

—Porque en este momento no tengo nada que hablar con usted.

—Yo sí con usted.

—¿Por qué no habla con él, Riley? —Era Folson quien lo sugería.

—Porque...

—¿Quiere que se lo diga, Folson? Porque tiene una cita. Una cita con Hartman.

—¿Qué ha dicho, bastardo?

—He dicho que tiene una cita con Hartman. ¿No es cierto, Riley? Su amo lo ha citado, y él acude obedientemente.

—Maldito cerdo, yo le voy a enseñar a difamarme...

Fue tan rápido su movimiento, que estuvo a punto de salirse con la suya. Le faltó muy poco, en realidad.

Riley había echado mano a su sobaco. La mano apareció armada con la

«Smith & Wesson»

de cañón corto reglamentaria.

Tom Cooligan se hizo a un lado, mientras imitaba su gesto. De la pistola de Riley brotó una nubecilla de humo, al tiempo que la explosión atronaba el corredor.

La bala se estrelló contra la pared, pero antes pasó a menos de dos pulgadas de la cabeza de Tom.

—¡No le mate, Cooli...!

El grito de Folson se perdió en la nueva explosión, que esta vez salió de la pistola de Cooligan, Riley lanzó un juramento, dejó caer la pistola, y se sujetó el brazo derecho con la mano izquierda.

La pistola de Tom apuntó a los dos policías.

—Quietos —dijo—. Quietos, o...

Folson se adelantó con ambas manos alzadas.

—Muchachos, está bien así. El teniente Riley ha sido depuesto de su cargo por el alcalde. Tengo aquí los papeles que lo confirman.

Los dos policías se miraron entre sí.

—Oiga, nosotros sólo sabemos que el teniente...

—Les he dicho que está bien así, diablos. ¿Es que no saben quién soy?

—Sí, por supuesto, pero...

—Muchachos, acaben con ese bastardo —dijo Riley, entre jadeos. Apoyado contra la pared, parecía a punto de vomitar. Las puertas se habían abierto y el médico llegaba como una exhalación, seguido por varios enfermeros.

—¿Qué diablos creen que...?

Tom había avanzado hacia Riley, que le miraba llegar con una curiosa expresión en los ojos. Expresión que parecía fluctuar entre una ira homicida y el temor.

—Riley, puede considerarse detenido.

—¿Usted...? Piensa detenerme a mí... ¡Muchachos, vamos por él!

Pero los dos policías se limitaban a mirar a Folson.

—Escuche, nosotros obedecemos órdenes. Si usted nos asegura que el teniente...

Folson les lanzó los papeles. Uno de ellos los cogió, mientras Riley jadeaba.

—Sí, parece que así es. Lo siento, teniente, pero nosotros...

—¡Malditos bastardos, traidores! ¡Es que no sabéis que nadie...!

Se volvió, y cayó de rodillas. El médico, irresoluto, se acercó a él.

—Este hombre necesita asistencia —dijo—. ¿Quieren hacerme el favor de apartarse? ¿Es que han olvidado que esto es un hospital? ¡Fuera de aquí todos inmediatamente!

Folson se hizo cargo de la situación:

—Adelante con él, doctor, y siento que haya ocurrido esto aquí. Soy asistente del alcalde, y ese hombre comenzó el jaleo. Vamos, vamos, vuelvan a sus habitaciones.

Tom no perdía de vista a los dos policías.

—Vengan conmigo —dijo secamente.

Sus palabras, apoyadas por su revólver, los movieron. Tom los

llevó hasta la calle.

Una vez en ella, se detuvo, junto al coche.

—¿Qué les dijo Riley que era lo que tenían que hacer? — preguntó.

—Pues... nos dijo que teníamos que detenerle a usted.

—¿Quién más lo sabe? Quiero decir el que venían hacia acá.

—Pues... nosotros nada más.

—¿Seguro?

—Seguro. Nos habló a nosotros solamente.

—Entren en el coche. Pero antes, descárguense de la artillería. Y esto es oficial, muchachos. Riley no es ya jefe de la policía. ¿Entienden? No lo volverá a ser en su vida.

Lentamente, los dos hombres se desprendieron de sus arneses. Tom los cogió y los echó en el interior de su coche.

—Y ahora, vuelvan a la jefatura y esperen órdenes. Uno de los asistentes del alcalde irá a dárselas. Y no obren por su cuenta, si es que quieren seguir en el Cuerpo.

—Nosotros obedecemos órdenes. Hasta ahora creíamos que era Riley quien las daba, pero si ustedes aseguran qué no... Bueno, no es cuenta nuestra.

—Correcto. Lárguense y esperen.

El coche arrancó. Tom tras el volante, los siguió hasta ver que, en efecto, volvían a la jefatura. Delante de ésta había otro coche, y pudo ver a Stevens, el capitán retirado, que descendía de él. Tranquilo por ese punto, hizo dar la vuelta al coche, y se dirigió a toda velocidad hacia las afueras.

Paró el coche ante un bar, le echó la llave, y luego entró. Pidió un *whisky* doble y lo tomó lentamente, mientras miraba el reloj. Justo diez minutos después salió del bar, pero ya no tomó el coche.

Estaba muy cerca. Vio la luz que se balanceaba ante la entrada del mercado de coches viejos y, pegado a la valla, caminó hasta ella.

La puerta estaba cerrada. Oculto por las sombras, vio cómo un coche, un «Lincoln» negro, llegaba. Se detuvo ante la puerta e hizo sonar el claxon tres veces.

La puerta se abrió. El «Lincoln» entró, y la puerta volvió a cerrarse. Desde su punto de observación, Tom vio desaparecer el resplandor de los faros.

Entonces, rápidamente, se aproximó a la puerta.

CAPÍTULO IX

Jack oprimió el botón que cerraba eléctricamente la puerta.

—¿Cuántos han llegado?

—Cuatro coches, Tom. Y en cada uno de ellos había dos o tres hombres.

—Eso hace mucha gente. ¿Dónde están?

—En la oficina de Hartman, casi todos, pero hay algunos patrullando entre los coches usados. Los he visto. Tienen linternas y pistolas.

Estaban ambos en la caseta de gobierno de las puertas, con la luz apagada.

—Este último ha dicho que ya no vendrá nadie más, Tom. Por lo visto, están reunidos ya todos los buitres. El dueño del coche me ha dicho que ya no entrará nadie, y que vigile.

—¿Nadie se ha dado cuenta de qué eras tú el que estaba aquí?

—No, Tom. He estado con el cuello del capote bien levantado.

—De acuerdo. Vamos.

Jack sacó del bolsillo las manoplas de acero, y se las puso lentamente. No le impedían manejar el revólver. Sus manos presentaban un aspecto siniestro con aquellos aditamentos.

—¿Qué haremos, Tom?

—Yo voy a intentar cogerlos en la oficina. Tú ocúpate de los que haya fuera, pero no hagas ruido. Ni dispaes, si no es en último caso, ¿eh, Jack?

—Conformes, Tom. No haré ruido. Si puedo pescarlos uno a uno, te prometo que no haré ningún ruido. Pero si me caen encima por parejas...

Echaron a andar. La oscuridad era casi absoluta. A ambos lados, los coches usados se alineaban como monstruos dormidos. No habían andado más que diez o doce pasos cuando vieron la luz. Inmediatamente, se aplastaron contra uno de los coches.

La linterna se movía lentamente, iluminando las corazas de los automóviles. Estaba a unas veinte yardas de ellos. Algo blanco y ligero, muy frío, cayó sobre la punta de la nariz de Tom Cooligan. Comenzaba a nevar de nuevo.

La luz se apagó, para volver a reaparecer, esta vez más cerca. Los dos hombres no se habían movido. Por fin, vieron al de la linterna. Avanzaba despreocupadamente, pasando el haz de luz de uno a otro coche.

—Ponte detrás de él —susurró Tom.

Jack se alejó sin hacer el menor ruido. La linterna avanzaba perezosamente, haciendo brillar las carrocerías rojas, azules y verdes.

Por último, se detuvo. Un instante solo. El haz de luz pasó sobre un «Impala» con la capota bajada y llegó a dos pulgadas de Tom. En ese momento, el hombre debió oír algo, un ligero ruido, porque se volvió rápidamente.

A la luz de la linterna, Tom vio brillar las falanges metálicas de Jack, y el hombre lanzó un ligero quejido, antes de desplomarse al suelo. Allí quedó, quieto, completamente inmóvil.

—Ya —dijo Jack con un ronco susurro.

—Bueno, voy para allá. Sígueme de lejos.

Llegó a la puerta de la oficina. Los cristales de ésta estaban negros. Debían haber corrido cortinas en el interior.

Tom ascendió un par de escalones, hasta tocar la puerta con la mano. Estaba cerrada.

Se volvió. A lo lejos, pudo ver el resplandor de otra linterna, ensordecida con una mano probablemente. Esperó que Jack lo hubiera visto también.

Dio la vuelta a la oficina, tocando discretamente los cristales desde detrás de los cuales, Hartman podía ver todas las operaciones que se llevaban a cabo en su mercado de coches. Todas tenían cortinas. Por fin, llegó a la última.

Alguien debía haber corrido mal la cortina, porque un rayo de luz se filtraba por ella.

Se aupó hasta tocar con la frente los vidrios. A través de la ranura, pudo ver dos hombres que bebían, juntos. Uno de ellos era Hartman. Al otro no le conocía.

En ese momento, algo sonó a lo lejos. El choque de metal contra

metal.

Tom se dejó caer. Su cuerpo, bien adiestrado, corrió agachado entre los coches, hasta llegar de nuevo a la puerta de la oficina. Ésta se acababa de abrir.

—Está nevando de nuevo —dijo una voz.

Un hombre estaba parado sobre los escalones. La punta ígnea de un cigarrillo iluminó, por un instante, sus facciones. Eran agudas, parecidas a las de una rata.

—Vamos, entra, no perdamos más tiempo —dijo una vez desde dentro.

Tom estaba en la misma esquina. Sacó lenta, silenciosamente el revólver, y de pronto, apareció ante el hombre. Éste dio un paso atrás, con los ojos fijos en el arma.

—Ni una palabra —articuló en voz baja Tom Cooligan—. Ni una palabra o lo abraso. Venga acá.

El hombre abrió la boca. De un salto, Tom llegó hasta él y le dejó caer el revólver en la boca. Luego, apartó el cuerpo de un manotazo, y penetró en la oficina.

—Quietos —dijo.

Una batería de caras lo enfrentó. Reflejaban la sorpresa en todas sus manifestaciones.

A la mayor parte de ellas no las conocía. A otras, sí. Hartman estaba sentado sobre una mesa, con un vaso en la mano. El vaso cayó al suelo y se quebró, derramando el *whisky*.

Eran unos diez hombres. Había uno bastante viejo, sentado en un sillón, con un bastón entre las piernas.

—¿Qué diablos...? —dijo Hartman.

Tom se apartó para no dar la espalda a la mesa.

—Hola, Hartman. Veo que el Sindicato en pleno está aquí. Esto es lo que llamaría Riley una buena redada.

—Cooligan —dijo Hartman con voz estrangulada—. Cooligan, maldito entrometido...

—Sobran las palabras, Hartman. Por lo menos, sobran éstas. Quédense quietos donde están. Al primero que se mueva, le partiré un brazo... o le mataré. Depende de lo que quiera.

El más viejo le contemplaba con su cara de halcón friolento.

—Hartman —dijo—. ¿Quién es este hombre? ¿Y qué significa esta payasada?

—No lo sé.

El viejo habló, dirigiéndose a Tom:

—¿Quién es usted? ¿Cree que nos da miedo con ese revólver?

—No lo sé, Matteoti. Sólo sé que el revólver está en mi mano, y que si alguno de ustedes quiere comprobar cómo lo manejo, no tiene más que moverse.

—Es un detective privado, Matteo —dijo Kartman—. Un maldito entrometido.

—Ofrécele dinero, Hartman. Vamos, dale dinero y que se largue.

—No se trata de eso... Se trata de su chica...

—Eso —dijo Tom, riendo entre dientes—, era antes, Hartman. Ahora, la cosa tiene algunos matices distintos. Muy distintos. Para comenzar, Riley está en el hospital con un brazo roto, y yo he sido quién se lo hizo.

—¿Riley? ¿El policía, Hartman?

—Sí, Matteo. El policía. Escuche, Cooligan, no somos Riley. Usted lo sabe bien. Tenemos fuerza, y la emplearemos.

Tom Cooligan pasó la mirada de uno a otro. Había dos o tres lo suficientemente jóvenes como para que pudieran representar un peligro. Uno de ellos se movía nerviosamente en su asiento.

—Mucho ojo, muchachos —dijo—. Ya sabéis lo qué os ocurrirá si intentáis algo.

Tom le había visto en varias ocasiones. Se trataba de un importador de frutos, el que ordenaba los precios del mercado de frutas y verduras. Su fortuna estaba calculada en millones de dólares. Posiblemente, era el presidente del Sindicato en la ciudad, aunque eso nadie lo decía en voz alta.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto quiere por largarse y tener la boca cerrada?

—¿Cuánto daría usted?

—Diez mil dólares. Vamos, le extenderé un cheque.

—Veinticinco.

Matteoti lanzó una obscenidad.

—Lárguese, vagabundo. Muerto de hambre, lárguese de aquí.

—Treinta mil. Y seguiré subiendo hasta que usted deje de decir tonterías. Están en mis manos, y lo saben.

—Está bien. Treinta, y ni uno más. Venga acá...

Tom no se había distraído, pero el hombre actuó con tanta

rapidez, que casi lo cogió desprevenido. Casi.

Era uno de los más jóvenes. Había sacado la pistola del arnés que llevaba en el sobaco cuando Tom disparó sobre él. La bala le dio entre ambos ojos, y lo lanzó contra el tabique metálico de separación.

Muerto.

—¿Lo han visto?

Hartman sudaba. Matteoti lanzó maldición tras maldición.

—Págale, Hartman. Tiene que acabar esta payasada.

Hartman llevó lentamente la mano al bolsillo. La pistola de Tom siguió sus movimientos, mientras con el rabillo del ojo contemplaba también a los demás. En ese momento oyó algo en la parte de afuera.

—¿Tom?

—Aquí, Jack. ¿Hay alguien por ahí afuera?

—Nadie, liquidé a otros dos. No queda ninguno. Seguro, vamos.

—Entra.

Jack apareció. Tenía el revólver en la mano.

—Vigila. Hartman, saque esa mano.

Hartman la sacó. En ella había un libro de cheques.

—¿Treinta...? —preguntó.

—Cincuenta —dijo el viejo Matteoti, incisivamente—. Cincuenta, y que se larguen.

Hartman se puso a escribir. Cuando acabó, tendió el cheque. Tom dio dos pasos y lo cogió.

—Tú has sido testigo, Jack.

—¿Qué diablos quiere decir? —preguntó Matteoti.

—Este dinero. Mi muchacho es testigo de que han querido sobornarme.

—Maldito...

La pistola se le clavó casi en la garganta. Luego, Tom retrocedió.

—Se acabó. Jack, coge el teléfono.

—Sí, Tom.

Lo tomó, y se quedó mirando a Cooligan.

—¿A quién llamo?

—Al alcalde.

Matteoti se puso en pie, apoyándose en el bastón. Sus ojos, hundidos en las cuencas, le daban el aspecto de un buitre viejo. —

Así que en éstas estamos—. ¿El alcalde? ¿Se metió en esto el viejo bastardo de Winch?

—Sí. Lo está. En este momento el capitán Stevens ha sustituido a Riley. No van a poder seguir manejando la ciudad como hasta ahora, sabandijas.

—¡Cuidado!

Jack disparó. Uno de los hombres, un tipo gordo, se retorció en su asiento, llevándose la mano izquierda al brazo derecho. Por él le chorreaba la sangre.

Hubo un instante de silencio. Luego, Hartman se volvió hacia Matteoti, interrogándole con los ojos. El viejo le devolvió la mirada.

Jack acababa de marcar un número. La mano del viejo se tendió hacia él.

—Vamos a ver si no nos amontonamos —dijo secamente—. Hay cien mil dólares para ustedes dos, si dejan este asunto como está. No tememos al alcalde, pero no queremos...

—Cállese, viejo bastardo —dijo Tom claramente—. Cierre el pico o se lo cierro yo, y no me gusta pegar a un viejo.

Los ojos del buitre relucían como dos cuentas de vidrio.

—Sepa que, a partir de ahora, usted estará marcado. Lo juro.

Se llevó dos dedos a la boca, en forma de cruz, y escupió después.

—No habrá sitio en que se pueda meter, después de esto y después de que hayamos dado las órdenes. Sabrá lo qué es vivir en el infierno.

—Jack, te autorizo para que le pegues en la boca y se la cierres.

Jack acababa de hablar. Sólo había dicho el lugar en que estaban, y había añadido «okay». Se dirigió hacia el viejo. La cara de éste no reflejaba temor alguno.

—Póngame la mano encima, y le caerá el cielo sobre la cabeza.

Jack sonrió torcidamente.

—¿De veras, andrajo?

Alzó la mano. El viejo se dejó caer en una silla.

Hartman se estaba limpiando el sudor que le corría por la frente. La oficina estaba demasiado caldeada. Uno de los hombres gruñó en voz baja:

—Yo no quiero saber nada.

—Tú te callas —dijo Matteoti. Tú te callas. Silencio todos.

Silencio.

Parecía como si los hipnotizase. Todos ellos tenían la mirada clavada en su cara pellejada, de la que parecía emanar algo tan autoritario como sus palabras. Tom lo comprendió. Los estaba comprometiendo en la ley del silencio. La omertá siciliana. Cuando salieran de allí ninguno de ellos abriría la boca. Nadie sería capaz de hacerles decir una sola palabra.

—Como quieran. Usted, Matteoti, es demasiado viejo para conocer la silla caliente, pero algunos de los que están aquí, sí. Ya veremos si lo cubren a usted con el silencio, cuando vean cerca la muerte.

—¿Muerte? ¿Usted está loco?

Era Matteoti quién hablaba. Su voz estaba teñida de desprecio.

—¿Acusados de qué?

—Riley hablará. Todo saldrá en el juicio. Todo. Sus manejos con los mercados, su sistema de protección a las chicas y a los comerciantes, todo. Ya veremos. Y no me amenace. Me dejan frío sus juramentos italianos. Porque —sí es usted demasiado viejo para ir a la silla, no lo es para que lo expulsen a Sicilia. Usted, ni siquiera es ciudadano americano.

—Silencio todos —dijo el viejo—. Silencio.

Volvió a hacer el gesto del juramento, con los ojos clavados en Tom.

Y el silencio reinó. Los hombres se agitaban en sus asientos, vigilados por Tom y por Jack.

Y así transcurrieron casi veinte minutos. Hasta que, afuera, se oyó el ulular de una sirena.

—Abre la puerta, Jack —dijo Tom.

Cuando Jack volvió, venía acompañado de varios hombres. El primero de todos ellos era el alcalde.

Sus ojos examinaron la habitación.

—Ahí los tiene. Todos. El Sindicato en pleno —dijo Tom—. Y amenazando y babeando. Llévenselos.

Matteoti contempló al alcalde.

—Curzon —dijo—. ¿Ya sabe lo que está a punto de hacer?

—Sí, Matteo.

—Pues..., adelante y átese bien los pantalones. Lo va a necesitar.

—¿No dijo que silencio? —preguntó Tom con una sonrisa

torcida.

—Usted lo verá, muerto de hambre.

Tom sacó el cheque.

—Ahí tiene una prueba, señor alcalde —dijo—. Soborno. Y ahora...

Hizo un ademán con ambos brazos, como si barriese algo.

—¡Llévenselos, con un diablo!

CAPÍTULO X

La botella estaba casi vacía, cuando llamaron a la puerta. Un sol frío, de principios de marzo, daba en los cristales e iluminaba la habitación.

—Sí —dijo Tom Cooligan.

La puerta se abrió. La muchacha asomó la cabeza.

—Hola —dijo.

—Hola. Pasa.

Agitó la botella.

—Ya no queda. Pero podemos tomar un trago en algún otro sitio.

Tenía los ojos inyectados en sangre. La camisa, sucia. Parecía no haberse acostado en varios días.

La muchacha le contempló con prevención.

—Tom..., estás...

—Borracho, puedes decirlo.

—Yo... quería decirte que me voy.

—¿Dónde?

—Pues... No lo sé. Pero me voy de esta ciudad.

Tom miró a la ventana. Un coche acababa de detenerse ante la puerta. Se asomó.

—Ahí viene mi hermano —dijo—. Supongo que vendrá a darme el pésame.

—Tom...

—¡Tom, Tom! ¿No sabes decir otra cosa? Después de ver cómo un tribunal condena a diez años al que más, porque están comidos de miedo... ¡Bah! Bastardos asquerosos.

Sus ojos brillaron.

—Pero cuando Hartman salga, le estaré esperando con una pistola. El o yo estamos sobrando en este cochino mundo.

Buck Cooligan, cojeando, apoyado en un bastón, abrió la puerta

y se les quedó mirando con su cara, más parecida que nunca a la de una rana.

—Tom, ¿lo sabes ya?

—Lo sé, ¡lo sé!

—No, no lo sabes todo. El FBI ha presentado una denuncia contra Hartman y Matteoti. Me acabo de enterar. Se reabrirá el proceso.

Tom lanzó la botella al otro lado de la habitación.

—¿Eso ha hecho el Tío Sam?

—Eso mismo. Y ahora no tendrán que verse con un tribunal municipal, sino con un tribunal federal. No van a salir tan bien librados, Tom.

Se dejó caer en una silla. Parecía cansado.

Tom se dirigió hacia él, y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Y tú, muchacho?

—Stevens me ha nombrado ayudante suyo. Empleo: Teniente. Sueldo: el de capitán.

—Me alegro. Te lo mereces.

—Sí, por mis hazañas en el hospital.

—Tú no tuviste la culpa.

—Pero tú fuiste quien llevó el peso de todo, Tom. Eres tú quién debería hacerse cargo de la Jefatura de policía.

Así se lo he hecho saber al alcalde. Y... está conforme.

—¿Y, con un sueldo del municipio? No me hagas reír.

Me basta con mi licencia.

La joven parecía olvidada. Se puso en pie.

—Bueno, yo me voy...

—¿Dónde, te he preguntado?

—Donde..., donde haga algo de falta. No aquí. Ya estáis —todos arreglados, ¿no? Pero yo tengo que pensar en mí, por un momento, aunque sólo sea.

Su voz tenía un tono controlado aún, pero bajo él latía la pasión.

—Cuando me persigan esos... hombres, porque me perseguirán...

Tom la miraba con sus ojos inyectados en sangre.

—¿Qué diablos estás diciendo? Nadie te va a perseguir.

—Tú sabes que sí.

—Si se queda aquí, *miss* Clooney, tendrá la protección de la

policía —dijo el sargento—. Nada le va a ocurrir. Tom se puso a su lado.

—¿La de la policía? Un momento. ¿Quieres marcharte, Pam?

—Yo..., sí.

—¿Quieres irte, de veras?

—Sí, yo..., ¡quieroirme de aquí! ¿No han tenido ya bastante con ponerme ante todos en el tribunal, con todas aquellas miradas clavadas en mí, como las de perros de presa? Todos me odiaban y me decían, con sus miradas lo que me esperaba, si alguna vez lograban...

Se calló, estremeciéndose.

—Y yo me voy —acabó.

—No.

Se volvió hacia Tom. Éste tenía la mandíbula apretada.

—No te vas.

—¿Que no me...? ¿Quién me lo va a impedir?

—Simplemente, yo. Aquí estarás protegida. En otros lugares, no.

Ella se puso las manos en las caderas. Con las piernas abiertas, se quedó mirando a ambos hombres.

—¿Y quién me va a proteger?

—Yo.

Se adelantó hacia Pam y la tomó por los hombros.

—Yo, ¿entiendes? Yo. Y no te irás.

Ella calló. Le miraba intensamente.

—¿Tú? —dijo, por fin.

—Yo. Una vez que hayamos salido de la iglesia, me gustaría saber quién se va a atrever a hacer algo a mi mujer. Buck Cooligan sonrió.

—¿Así están las cosas? Creo que yo sobro aquí. Tom, quiero verte mañana en la jefatura. Tengo algo para ti.

Cojeó hacia la puerta.

—Mañana, ¿eh?

Ninguno de los dos le escuchaba. El teniente cerró la puerta silenciosamente.

Pam se soltó de los brazos de Tom.

—Escucha, si es una broma...

—No lo es. ¿Tengo cara de bromear? Quiero que te cases conmigo.

—Espera, Tom, ya sabes que...

—Sé todo lo que tengo que saber. Mañana mismo nos casaremos.

—Lo dices porque estás borracho y...

—Y pienso emborracharme más aún, esta noche. Contigo, Pam. Contigo. Y tú lo harás también.

Se puso la chaqueta.

—El tiempo de darme un buen baño en casa y después... La miraba intensamente. Ella le devolvió la mirada.

—Después, lo que sea, Pam. Lo que sea. Vamos.

Y ella agachó la cabeza. Le siguió.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

